

EL ESPAÑOL.

SEPTIEMBRE, DE 1813.

At trahere, atque moras tantis licet addere rebus.

VIRGIL.

SOBRE DOS NUEVAS LEYES DE LAS CORTES DE ESPAÑA.

1. Qualquier Español, de qualquiera clase y condicion que sea, que de palabra ó por escrito tratase de persuadir que no debe guardarse en las Españas ó en alguna de sus provincias la constitucion política de la monarquia, en todo ó en parte, será declarado indigno del nombre Español, perderá todos sus empleos, sueldos y honores, y será expulsado para siempre del territorio de la nacion, ocupandosele ademas sus temporalidades si fuere eclesiástico. Tambien se expulsará del reino para siempre al extrangero, que hallandose en territorio Español, cometa el proprio delito.

2. El que conspirase directamente de hecho á establecer otra religion en las Españas, ó á que la nacion Española dexé de profesar la religion Catolica, Apostólica, Romana, será perseguido como traidor y sufrirá la pena de muerte; quedando en su vigor las penas establecidas * ó que se establecieren por las leyes para los demas delitos contra la religion.

Decretos de las Córtes de España, del 18 de Agosto 1813, segun el Conciso, del dia 19.

HE aqui el convenio mas horrible que jamas se ha hecho entre la intolerancia politica y la religiosa! España está dividida en dos partidos: uno

* La pena establecida por decreto de las Córtes de 16 de Enero, 1813 es, Muerte, al que sostuviere doctrina contraria á
Septiembre, 1813. — PARTE II.

que nada ve ni á nada atiende sino á convertir en leyes una porcion de maximas abstractas de que ha formado un systema; otro, que á nada aspira sino á conservar la tyrania religiosa que ha reynado allí desde los siglos barbaros. Llenos cada uno de su objeto se hacen mutuos sacrificios de sus contrarios. Los *liberales* convienen en entregar al ultimo suplicio á todo el que no admita la infalibilidad de la Iglesia Catolico-Romana; los *serviles* en firmar la proscripcion de los que se opongan á la infalibilidad de los autores de la nueva constitucion Española. El hombre mas honrado que haya producido la nacion, si no puede vencerse á profesar exteriormente un culto en que no cree; ó si no quiere admitir implicitamente una constitucion nueva que trastorna puntos muy fundamentales de la antigua; que ha sido fraguada en pocos meses por unas Córtes que no recibieron comision de los pueblos para hacerla, y á quienes no han dexado facultad de admitirla ó rechazarla antes de obligarlos á que la juren —á este hombre, sin mas delito, los *liberales* lo infaman, lo despojan,—y lo desterrarían, á no ser que los *serviles* tienen derecho á ahorcarlo, y necesitan, para este efecto, de su persona. Solo sometiendo á tales leyes se puede ser individuo componente del *Soberano de España!!!*

Yo explicaria los principios de este cáos político si mi explicacion pudiera hacerse en tales términos que no diese motivos á aplicaciones odiosas. Solo dire una verdad, que á nadie debiera hacer mas fuerza que á los ciegos partidarios de la intolerancia, si sus preocupaciones les diesen lugar á entenderla.—Las leyes crueles con que quieren preservar la Religion Catolica en España, solo

las que tiene la iglesia de Roma, y al que no crea que hay galar-don ó pena en el otro siglo.—Vease el *Español*, Febrero de 1813, tomo vi, pag. 98.

pueden servir para arrancar de la mejor parte de su poblacion al Cristianismo. El hombre á quien le presentan en masa un systema de Teologia para que lo crea, sopena de muerte, es preciso que sea muy debil, para que la tyrania de semejante proceder no le irrite. Como la tyrania no alcanza al entendimiento, nadie puede impedirle que dude; y basta que no pueda vencerse á recibir uno de los articulos de la fe á que quieren forzarlo, para que deseche todo el conjunto. Ese silencio con que se admite una ley tan tyránica como la que han logrado pasar en contra de los que disientan de la Iglesia Romana; es, para el buen observador, un syntoma muy claro de los progresos que, á influxo de la opresion religiosa, ha hecho la indiferencia, en España. Para que veinte millones de hombres estuviesen todos acordes en su creencia, sería preciso imaginarse que pertenecian á una raza distinta de la que hasta ahora ha poblado al mundo. Al verlos que todos callan unanimes sobre las materias mas capaces de dividirlos; claro está que muchos de ellos no dicen lo que sienten, y que muchos mas no sienten nada.

Debieran, por otro lado, considerar los patronos y promovedores de esta tyrania religiosa, quan vaga y oscura es la ley que han hecho: quan libre dexa á la incredulidad absoluta, quanto la favorece para que crezca, y como sólo logra oprimir y exponer al hombre de conciencia, al paso que escandaliza al mundo entero con el espíritu de ferocidad que en ella respira. La ley declara traydor, é impone pena de muerte "al que conspirase directamente, de hecho á establecer otra religion en las Españas, ó á que la nacion Española dexa de profesar la Religion Católica, Romana." ¿Que es conspirar? ¿Se necesita, por ventura, para incurrir en la pena, que haya combinacion de varias personas con este objeto? ¿Que entiende la ley por "conspirar directamente,

de hecho?" ¿Es la persuasion medio directo? ¿Es el emplearla, *conspirar de hecho*? ¿Qué numero de proselytos es preciso para que se pueda acusar al que los haga ó procure hacerlos, de que *conspira á establecer* otra religion en las Españas; ó *quantos incredulos es necesario que haga para probar que conspira á que la nacion Española dexe de profesar la Religion Catolica, Apostolica, Romana?*—¿No es esto el balbutir del furor, que no acierta á decir lo que quiere? A no ser por la adiccion que recuerda y confirma la pena de muerte contra todo el que *disienta* de las doctrinas de Roma, semejante ley no podría tener otro efecto que manchar el nombre Español, y excitar la indignacion de la Europa ilustrada. Pero, al cabo, sus autores, acertaron á texer la red por cuyas mallas se les escaparán ciertamente quantos se burlen del Cristianismo, quedando presos solamente los que no sean capaces de profesar con la boca lo que su corazon desecha. El numero de estos sera muy corto. Sí: lo repito; el efecto de semejantes leyes es hacer aborrecible y sospechosa la religion en cuyo favor se promulgan. ¿Quien, sino un alma abatida, puede mirar con afecto á una creencia que sus defensores no saben mantener sino con el cuchillo en la mano? ¿Quien no sospechará fraude y ficcion en lo que tan fieramente se subtrae á toda *discusion y examen*? Dexen sus defensores el campo abierto á la discusion, peleen con armas iguales, sostengán sus doctrinas del mismo modo que se propagó y establecio el Cristianismo; que las que tengan su divino origen, tan lexos estan de necesitar patibulos para sostenerse, que se burlaron de los que se erigieron contra ellas.

Mas que! (diga lo demas de Europa al ver á las Córtes de España promulgar esta ley como uno de los frutos de su revolucion politica) "tan atra-

sada está la nacion Española en estos puntos que no hay quien resista semejante ley, entre sus representantes? No dicen que hay un partido dominante de *liberales*? ¿No son estos los que han establecido por leyes las doctrinas politicas de los filosofos mas célebres? ¿No son estos los defensores de los derechos del hombre, y de la soberania del pueblo en que está fundada esa teoria? ¿Y es posible que semejantes hombres aunque sean Catolicos Romanos de corazon, crean que la religion se debe defender con penas de muerte? Y seguramente seran de esta opinion, porque, si no, ¿como podrian dexar pasar decreto tan horrible sin la oposicion mas pequeña?”

Esto diran los que no hayan seguido los pasos á los Córtes, y no conozcan la infeliz organizacion de esta maquina politica—organizacion que no solo ha inutilizado, en gran parte los talentos de los hombres ilustrados que hay en ellas, sino que acaso les ha hecho ser dañosos á España.—Aglomerados en monton los diputados de las pocas provincias que estaban libres al reunirse las Córtes con los elegidos en Cadiz por suplentes de casi toda España y la America; se formó un congreso cuya primer acta fue declararse soberano á título de la soberania del pueblo. Este congreso sin experiencia, y con poco conocimiento de las formas y reglas sin las quales ninguna reunion puede producir en sus determinaciones el verdadero resultado del saber total de sus miembros; se convirtio bien pronto en un campo de batalla ocupado por dos partidos cuyas miras solo se reunian en un punto, y era el deseo de liberrar á España de Franceses. Hallabanse los hombres que mas podian brillar, en el partido que llaman, *Liberal*; y esto le dio desde el principio una grande ascendencia. Si los diputados que la lograron hubieran tenido conocimientos practicos de gobierno; habrian empleado sus

talentos é influxo en gran ventaja de España. Pero llenos de teorías abstractas, y tomando por modelo en gran parte á la Revolución Francesa; quisieron echar de una vez abaxo el edificio de la constitucion Española, para levantarlo todo de nuevo. El gran paso fue apoderarse de la soberanía, para reducir al rey y las clases privilegiadas al nivel que las Córtes quisieran. La idea era tan alhagueña para los que se hallaban repentinamente convertidos en dueños de la monarquía Española; que casi todos los diputados aparecieron, en aquel momento, filósofos. Un obispo venerable por todos títulos que se hallaba al frente de la Regencia, tuvo valor para protextar contra esta declaración, como contraria á sus anteriores juramentos de vasallage; y los que ahora pelean inutilmente en las Córtes por contener los progresos del *Liberalismo*, no tuvieron valor, ó no quisieron reunirse entonces para contener los principios de la persecución política que al presente los atemoriza. Desde aquel momento los decretos de las Córtes sobre los puntos críticos que las dividen, se han parecido mucho á las oscilaciones de un péndulo, que son tanto mayores hácia un lado quanto mas se tira antes hácia el opuesto. Aunque la declaración de soberanía y sus accesorios era un paso lisongero á la ambición de todos, no dexaba de ser un terreno sospechoso y desconocido que los *serviles* pisaban con recelo. Fue pues preciso para calmarlos que los *liberales* convertidos en teólogos, declarasen la *verdad exclusiva* de la Religión Católico-Romana; y sirviendo de Padrinos de Bautismo á la nación Española que ha de existir de aqui á la consumación de los siglos; saliesen por fiadores de su futura creencia. Siguióse la abolición de la Inquisición, y para poder arrastrar á este punto á un número suficiente de *serviles*, fue preciso que los liberales diesen el terrible vayven de confirmar la

pena de muerte contra todo Español que disienta de la iglesia de Roma. Tiraron los *liberales* de sus contrarios hasta obligar á los clérigos á leer el manifiesto contra la Inquisicion en las iglesias, desterrar á una porcion de obispos, y hacer otra porcion de cosas que han alarmado á mas de la mitad de la nacion. Temieron, pues, que al disolverse estas Córtes, peligrase la constitucion que han hecho: y para que los *serviles* declarasen mal Español, al que trate de reformar las leyes que miran con repugnancia y disgusto; ha sido indispensable darles por *traydor* al Español que no sea Católico.

Así es como en las reuniones de muchos hombres, que decretan á pluralidad de votos, sin que haya quien revise sus decisiones; todo participa de la naturaleza de los tumultos, cuyas determinaciones tocan siempre en extremos. El saber, y el buen deseo (que de ambas cosas ha habido no poco en las Córtes) vienen á ser inútiles en la agitacion y pugna que excita toda discusion, y mucho mas quando es unica y decisiva: todos pierden en ella el justo tino, tanto respecto á los objetos por que pugnan, como en lo que sacrifican para obtenerlos.

Más, ya parece que estas Córtes piensan, de buena fe, retirarse quando lo habian prometido; y ésta puede ser una epoca favorable en extremo á la felicidad de la nacion Española. En el estado en que se ha puesto el Congreso que acaba, cada paso que da lo aleja mas y mas del buen término; como sucede siempre que se yerra en el principio el camino. Ambos partidos recurren para lograr sus miras á medios tan despóticos, que apenas se han usado semejantes en los peores tiempos de la nacion Española. Esta verdad no necesita otra prueba que las dos leyes que van al principio de este discurso. Ambos partidos convierten en de-

lito las opiniones y el uso de la razon: ambos se valen de la autoridad de que se han apoderado en comun, y ambos quieren que se les obedezca á ojos cerrados.

Pero lo mas intolerable á mis ojos, es esa arbitrariedad y despotismo con que se quiere afirmar la constitucion recien hecha, en todos y cada uno de sus artículos. Pocos me excederan en odio á la tyrania religiosa; mas no sabria decir bien si la arbitrariedad política de que estoy hablando es menos irritante que la otra: lo cierto es que tiene menos disculpa en sus promovedores. Contentáranse con hacer obedecer la constitucion que han publicado, y castigar á los contraventores: exigirán enorabuena juramento de obediencia; pero perseguir á todo el que no reciba los principios en que está fundada—desterrar é infamar al que quiera probar á sus compatriotas que la constitucion necesita de enmiendas; es una tyrania tanto mas odiosa quanto viene disfrazada con la mascara de libertad, y por mano de hombres que se precian de *liberales*.

Obligacion de la Córtes inmediatas es poner remedio á estos abusos; y en su mano tienen el hacerlo si se ponen en buen camino. Las que acababan, no podian volver ya atras de lo hecho, porque el ardor de partido se lo impedia. En las siguientes, aun no estan enconados los ánimos; y el saber y firmeza de caracter que haya en ellas, se puede emplear con mucha utilidad de la nacion Española. El saber y firmeza de las presentes han sido mal empleados en extremo. La mitad de los esfuerzos que se han hecho y de los disturbios que se han causado por sostener el imprudente decreto de la lectura del manifiesto contra la Inquisicion; hubieran bastado, bien dirigidos, á abolir la penas corporales por el delito que llaman de heregia. Imposible me parece que la abolicion de las hor-

ribles leyes que las Cortes no se avergüenzan de confirmar ahora, causase ninguno de los disturbios y escandalos que se han visto precisadas á contener con actos de tyrania. Pero los que quieren lograr mas de lo justo, en qualquier materia, pierden la fuerza para defender la justicia en otros puntos. Si los *liberales* no hubieran tenido empeño en perseguir á los que no creen su infalibilidad en constituciones; no se verian obligados á prestar su auxilio para perseguir á los que niegan la infalibilidad de Roma en catecismos.

Consideren, pues, los nuevos diputados — tanto los amigos de la justa libertad de conciencia, como los enemigos de las innovaciones, que muchos creen contrarias al bien de la nacion Española — consideren unos y otros que el disimulo y la intriga no consiguen ningun bien real y duradero. Nada adelantan con concesiones mutuas, disfrazando el objeto á que cada qual se dirige. Levantese entre ellos quien diga á la nacion Española que el ánimo de sus representantes, no es tyranizar á una parte de sus individuos baxo pretexto de defender la libertad del pueblo. Que la constitucion debe obedecerse en todo, en tanto que la legislatura, no altere sus leyes. Pero que esta constitucion se ha hecho sin *poder bastante* en las Cortes presentes: que aunque el formarla fue muy laudable, el forzar su acceptacion es tyrania; y el quitar á las siguientes Cortes la facultad de reformarla, una usurpacion inaudita. Que si las Cortes que acaban se han valido del pretexto de que el bien del pueblo es la suprema ley, y en virtud de esto se han tomado todas esas facultades; en la misma virtud pueden estas alterar lo que convenga á la salud y bien de España. Que en la constitucion hay artículos que pugnan directamente con estos objetos. Que las Cortes deben por tanto admitir á discusion todas las propuestas de reforma que les hagan sus

diputados; y en fin, que para ser mas moderadas en el uso de su poder que las extraordinarias; decididos que sean estos puntos, se pueden someter á la aprobacion de sus constituyentes, por esta sola vez, del modo que parezca mas hacedero.

Esto en quanto á la libertad politica.—Lo que se puede decir en favor de la justa libertad de conciencia, y del derecho que cada qual tiene á usar de élla, en materias de creencia, siendo responsable á Dios solo; de la inutilidad de las leyes que fuerzan á una cierta profesion de fe: y de los malos efectos que tienen, así en el caracter de las naciones, como sobre los verdaderos intereses de la religion; es todo tan obvio que no tanto se necesita saber, como honradez y zelo para hacer valer esta sagrada causa. ¡Oxala haya quien la tome por suya! Si hubiere quien se halle dispuesto á ello, yo me atrevo á suplicarle, que observe y tenga presente, que no son mayores los peligros á que se expone, ni mas terribles las imputaciones que le amenazan, que las que han sufrido muchos de los que votan ahora la pena de muerte contra hereges.

Como los que se hallan al alcance de las dos leyes que han dado materia á estas reflexiones, no pueden hablar á su nacion de los importantisimos puntos que abrazan, sin incurrir en sus penas; yo, que me halla en posicion muy distinta, faltaria á un deber sagrado si callase sobre lo que tanto importa al pueblo en que naci. Por lo demas si el que no se halle dispuesto á sugetar su creencia á la de otros, ó no esté pronto á fingirlo, tiene alli la vida en peligro; y si solo es *digno del nombre Español* el que piense con el partido reynante; preciso sera decir que el destierro no es muy intolerable, ni gran desdoro la pérdida de un titulo que tanto se tuerce ahora de su noble significacion primitiva.

PRINCIPIOS DE LA CIENCIA POLITICA,

POR EL DR. PALEY.

(Continuados de la pag. 112.)

III.

EL DEBER DE SUMISION AL GOBIERNO CIVIL, EXPLICADO.

El asunto de este capítulo es diverso de el que se trató en el anterior, supuesto que los motivos que efectivamente producen la obediencia civil, pueden ser y son muchas veces distintos de las razones que hacen que esa obediencia sea un deber.

Para probar que la obediencia civil es un deber moral, y una obligacion de conciencia muchos escritores politicos (á cuyo frente hallamos el venerable nombre de Locke) han recurrido á un contrato entre el ciudadano y el estado, al qual hacen principio y fundamento de sus relaciones mútuas; y como éste contrato obliga á las partes contratantes por la misma razon general que los contratos particulares, el deber de sumision al gobierno civil se resuelve en la obligacion universal de fidelidad á cumplir lo prometido. Este contrato puede ser de dos maneras :

I. Un contrato *expreso* hecho por los fundadores primitivos del estado, que se suponen haberse juntado con proposito declarado de arreglar los terminos de su reunion politica y de las futura constitucion del gobierno. En este caso se supone, en primer lugar, que toda la masa de la nacion ha consentido unanimente en sugetarse á las decisiones de la mayoria: en segundo lugar, que la mayoria establecio ciertas leyes fundamentales; y que, en seguida, constituyeron á una persona ó á un congreso (determinando al mismo tiempo la ley de su sucesion, ó nombramiento) para que ejerciese el *poder legislativo*; y que á esta

persona ó congreso se entregó el gobierno del estado, baxo las restricciones pre-establecidas, quedando obligado cada qual de los miembros de la reunion primitiva, en virtud del objeto que se propusieron al juntarse, á obedecer las leyes que el poder constituido promulgase.—Esto es lo que suele significarse por el nombre de *contrato social*, y estos supuestos reglamentos originales forman lo que se llama *constitucion, leyes fundamentales de la constitucion*; y establecen, por una parte, las *inherentes, indestructibles prerogativas de la corona*; y por otra el inagenable, imprescriptible *derecho del vasallo*.

II. Un contrato tácito, ú implícito que se supone en todos los sucesivos miembros del estado que por el hecho de aceptar su proteccion, consienten en someterse á sus leyes: al modo que qualquiera que *voluntariamente entra* en una sociedad particular, se entiende que, sin ninguna otra estipulacion mas expresa, promete conformidad con las reglas, y obediencia al gobierno de aquella sociedad, como condicion sabida baxo la qual es admitido á la participacion de sus privilegios.

Esta explicacion aunque especiosa y autorizada por los nombres mas respetables, parece que está sujeta á las siguientes objeciones: Que está fundada en una suposicion falsa, de hecho, y que lleva á consecuencias peligrosas.

Jamas se ha hecho realmente un contrato social semejante al que va descrito; ni jamas se ha verificado tal reunion ó convencion primitiva de un pueblo, ni es posible que pudiera verificarse en ningun pays, antes de que existiese en él algun gobierno civil. Seria preciso para esto, suponer la posibilidad de convocar á salvages que saliendo de sus cuevas ó desiertos, viniesen á deliberar y votar sobre unos puntos que solo la experiencia, los estudios y refinamientos de la vida social, pueden su-

gerir. Asi es que ningun gobierno del mundo *ha empezado jamas* segun este modelo. Puede haberse verificado alguna semejanza de *contrato social*, en casos de *revolucion*. La edad presente ha visto un hecho que se acerca mas que ningun otro de los que recuerda la historia, á este systema politico: quiero decir, el establecimiento de los Estados Unidos de la America Septentrional. Vimos alli al pueblo reunido para elegir diputados con el expreso objeto de formar la constitucion de un nuevo imperio. Vimos á esta diputacion del pueblo deliberar y resolver sobre una forma de gobierno, erigir una legislatura permanente, distribuir las funciones de la soberania, establecer y promulgar un código de leyes fundamentales, que se daban á las generaciones siguientes, no como meras leyes y actas del estado, sino como verdaderos terminos y condiciones de la confederacion; no solo como leyes obligatorias respecto de los subditos y magistrados del estado, sino como límites de poder, que debian contener y servir de pauta á las legislaturas venideras. Pero aun aqui hubo mucho presupuesto. Al establecer la constitucion se hubo de proceder baxo la suposicion de que otros puntos importantes estaban ya establecidos. Las qualificaciones de los constituyentes que fueron admitidos á votar en la eleccion de los miembros del congreso, igualmente que el modo de elegir á los representantes, fueron tomadas de las antiguas formas de su gobierno. Faltó lo que debe ser el primer paso de la reunion social, y lo que, unicamente, puede hacer que las determinaciones de la sociedad obliguen á cada individuo; es decir—el libre consentimiento de todos á someterse á la decision de la mayoria; y no obstante, se obligó á los recusantes á seguir la rebelion y las leyes que fueron su consecuencia.

Empero, nos dicen que el contrato primitivo no

se nos presenta como un *hecho*, sino como una *ficcion* que explica sin dificultad los mutuos deberes y derechos de los soberanos y los subditos. En respuesta á esto diremos, que si el contrato original no es un hecho; no es nada: ni puede autorizar á las leyes ni á los gobernantes; ni servir de fundamento á unos derechos que se suponen reales y efectivos. Pero la verdad es, que tanto en la aprehension como en los libros de los que deducen nuestros derechos y obligaciones civiles, de un contrato; se apela al pacto primitivo, y se trata de él como de una cosa real. Siempre que los seguidores de este systema hablan de la constitucion; de los articulos fundamentales de la constitucion; de las leyes que son ó no constitucionales; de los derechos inherentes, inagenables, imprescriptibles, bien del principe, ó bien del pueblo: siempre que hablan de qualquier ley, costumbre, ó derecho civil pintandolo como superior al poder de la legislatura actual, ó como dotado de una fuerza y sancion superior á la que tienen las actas y edictos modernos de la legislatura; nos refieren tácitamente á lo que pasó en la reunion primitiva. Nos quieren hacer creer que el pueblo establecio ciertas reglas y ordenanzas al mismo tiempo que arregló la escritura de gobierno, juntamente con los poderes y las formas de las legislaturas venideras; y que éstas, como que derivan su comision y existencia de la voluntad y otorgamiento de la asamblea primitiva (de quien la legislatura que por el tiempo fuere no es mas que una diputacion) continuan sugetas, en el ejercicio de sus facultades, y en quanto toca á la extension de su poder, á las reglas, reservas, y limitaciones que la dicha asamblea primitiva hizo y prescribio en su tiempo.

“ Así como los primeros miembros del estado se obligaron expresamente á obedecer al gobierno que habian erigido; del mismo modo sus sucesores,

los habitantes del mismo pays, se entiende que prometen obediencia á la constitucion y al gobierno que hallan establecido, por el mero hecho de aceptar su proteccion, de reclamar sus privilegios, y de conformarse con sus leyes; y mas especialmente, si compran ó heredan tierras, á cuya posesion está annexa la obediencia al estado, como carga y condicion de la posesion." Aunque éste argumento aparece tan plausible, muy poco de él puede sufrir un mediano examen. Los vasallos naturales de los estados modernos no tienea idea de que exista ninguna estipulacion entre ellos y sus soberanos, ni de que haya estado jamas en su mano el obedecer á no los decretos de la legislatura, ó de que se les haya propuesto ninguna alternativa de esta clase para que escojan, ni de que se les haya exigido, ó ellos dado promesa alguna sobre esto; ni menos imaginan que la validez ó autoridad de las leyes dependa, en ningun modo, de su aprobacion ó consentimiento. Ahora bien, en toda estipulacion, tácita ó expresa, pública ó privada, formal ó interpretativa, ambas partes estipulantes deben gozar la facultad de consentir ó rehusar, sabiendo, al mismo tiempo, que la gozan; lo qual no puede decirse con verdad de los subditos de los gobiernos segun que son y han sido en el mundo. Este es un defecto que no puede suplirse ni evadirse con argumentos de ninguna clase: qualquier presuncion de consentimiento que se suponga quando una de las partes ignora que tiene, ó sabe positivamente que no tiene facultad de rehusar; es una presuncion vana y erronea. Aun es mas imposible de reconciliar la idea de contrato con la práctica en que convienen todas las naciones Europeas de fundar el vasallage en el lugar del nacimiento; es decir, que miran y tratan como á subditos á todos los que han nacido dentro de los límites de sus dominios, aunque hayan sido trasladados á otro pays en su

juventud ó su infancia. En este caso, ciertamente, el estado no presume la existencia de un contrato. Además, si los subditos solo estan sugetos por proprio consentimiento, y si la prueba é indicacion de este se funda en que voluntariamente residen en el pays, ¿con qué argumentos podria defenderse el derecho que todos los soberanos sostienen, quando les parece, de prohibir la salida de sus subditos fuera del reyno?

Para probar que el hecho de tomar y mantener la posesion de tierras es lo mismo que reconocer al soberano, y una especie de promesa virtual de obediencia á las leyes del pays; seria menester que el argumento supusiera que los habitantes que primitivamente compusieron y constituyeron aquel estado, tuvieron derecho al terreno del pays—y además, el de repartirlo á quien quisieran, y baxo las condiciones que gustasen. ¿Pero de donde les vino este derecho? No pudo nacer de convenio entre sí propios, porque éste, solo podia recaer justamente sobre lo que ya les perteneciera. Supongase que una sociedad de hombres vota y declara que son dueños de tal region del mundo—¿podria semejante declaracion, hacerla suya, especialmente si no estaba sostenida por algun acto legitimo de posesion, cultivo, ó cerramiento?—les dará derecho á excluir á otros hombres, ó á dictarles las condiciones baxo que han de obtener parte en ella?—Pues este derecho de propiedad, original y colectivo, es el fundamento de todo el raciocinio que infiere el deber de obediencia de el hecho de poseer tierras.

La teoria que se funda en la existencia de un contrato social y de las obligaciones annexas á él, merece ni gran discusion, ni nos ocupariamos en refutarla por infundada ó inutil que fuese, á no parecernos que lleva á consecuencias contrarias á las mejoras y á la paz de la sociedad humana.

1º. En la suposicion de que el gobierno fue originalmente establecido en fuerza de un convenio del pueblo, y de que deriva de aqui toda su autoridad, se puede suponer que por aquel convenio se arreglaron muchos puntos, antes del establecimiento de la legislatura actual, y, por consiguiente, que dicha legislatura, no tiene derecho á alterarlos de modo alguno. Estos son los puntos que llaman *fundamentales* de la constitucion; y es imposible determinar quantos ó quales son estos; de modo que la suposicion de que existan, solo sirve de embarazo á las deliberaciones de la legislatura, y presenta un pretexto peligroso para poner en question la autoridad de las leyes

2º. Si la obligacion de obedecer al gobierno civil naciera de un convenio, se inferiria que el súbdito debe permanecer para siempre sometido á la forma de gobierno que encuentra establecida, por absurda é inconveniente que sea. Su contrato lo obliga á ello; porque no es permitido á ninguno quebrantar lo tratado, solo porque lo encuentre desventajoso, ó porque se le presente ocasion de hacer otro mejor. Esta regla es general para todo contrato: si se llama pues, contrato á la relacion que existe entre el soberano y los subditos; es necesario aplicarle todas las reglas de contratos: porque llamarla asi, y no admitir los resultados de esta denominacion, seria usar arbitrariamente de los nombres, y una inconsecuencia en los racionios, que no podria producir instruccion alguna. La resistencia á las *usurpaciones* del supremo magistrado podria justificarse por este principio; pero nunca podria apoyarse en él la fuerza armada para obligar á una mejora de la constitucion. No hay forma de gobierno que haya establecido el modo con que puede ser disuelto; y pocos gobernantes se someteran buenamente, no ya á la extincion, mas ni aun á la limitacion del poder que gozan. Asi es, que su-

Septiembre, 1813.—PARTE II.

•D

puesta la obligacion ya dicha en los súbditos, no se ve como los gobiernos despoticos puedan jamas mudarse, ó mitigarse. Hay varios estados que tienen por constitucion al despotismo: en ellos, quando el principe exija de sus vasallos la mas rigurosa servidumbre, no hará mas, segun éste sistema, que obligarlos á estar al contrato. Un pueblo podria vindicar, por la fuerza, los derechos que la constitucion le hubiese dexado; pero seria preciso condenar como infraccion del contrato entre el soberano y los súbditos, quanto se hiciese con objeto de reducir las prerogativas de la corona por nuevas limitaciones, y en oposicion á la voluntad del principe reynante, aunque la ocasion convidase á hacer la tentativa, y el exito la coronase.

3°. Qualquiera infraccion del contrato por parte del que gobierna dispensaria á los súbditos de su obediencia, y disolveria al gobierno. Yo no concibo como pueda evitarse ésta consecuencia, si fundamos el deber de obediencia en un contrato, y reconocemos alguna analogia entre el contrato social y todos los otros. En los contratos particulares, la violacion, ó falta de cumplimiento de las condiciones, por qualquiera de las partes contratantes releva la obligacion de la otra. Considerando, pues, que no existen las condiciones y articulos del contrato social expresamente en parte alguna: que los derechos y oficios del que gobierna un reyno son tantos y tan varios: que la linea imaginaria y disputable que los limita se halla, tan expuesta á ser pisada por una parte y otra; la suposicion de que por qualquier transgresion se pierde el derecho á mandar, y por consiguiente el pueblo queda dispensado de obedecer, y autorizado á establecer otro systema, pondria en riesgo la estabilidad de quantos gobiernos existen en el mundo, y daria á los desafectos, materia de declamaciones sediciosas, como ya se ha verificado. Si ha habido ocasiones

en que se ha recurrido á este cargo de infraccion, con justicia; en todas ellas se podia defender la revolucion por otros principios mas claros. El que aqui impugnamos es, en todos tiempos, capcioso y mal seguro.

Desechando, pues, la intervencion de un contrato, por ser una suposicion infundada en su origen, y peligrosa en su aplicacion, establecemos por unica base de la obligacion de obedecer, en los súbditos, LA VOLUNTAD DE DIOS SEGUN SE INFIERA DE LA EXPEDIENCIA *.—(Es decir, de lo que parezca mas adecuado á las circunstancias.)

* *Expediencia*, no es palabra Castellana; pero yo no sé otra que substituir para explicar este punto. La qualidad que quiero significar con ella, es el objeto de todas las discusiones politicas; y no creo que los Españoles deberan rehusar una palabra que les evitaria infinitos rodeos, y ambigüedades en las materias que se han hecho de tan general interes en España. La palabra que les ofrezco tiene ademas la recomendacion de ser de origen Latino, fuente de donde el Castellano recibe qualquier voz nueva sin repugnancia. *Expedit*, y *Expedito*, (que á pesar de los gramáticos no son mas que un solo verbo,) significan la accion de poner expedito, de sacar de dificultades y todas las demas ideas análogas, de presteza, y disposicion respecto de qualquier objeto, que naturalmente se asocian. *Expediente*, por recurso que saca de dificultades, ó por accion adecuada á todo el conjunto de circunstancias en que se ha obrar por necesidad; es muy castellano. ¿Porque pues hemos de carecer de nombre para la qualidad abstracta que constituye á lo expediente, siguiendo la analogia constante de la Lengua, y formando de expediente, *expediencia*, como de insolente, *insolencia*, de demente, *demencia*, y todos los de esta clase.—Pero, diran: que *expedit* se traduce siempre en Castellano *conviene*, y que por tanto la qualidad abstracta se debia expresar con la palabra *conveniencia*.—Asi sería, si el uso general no hubiera destinado esta palabra á significar, no la qualidad de ser expediente, sino la de ser comodo. El *Purista* que en la materia de que tratamos, es decir, en la obligacion de obedecer á los gobiernos, quisiera insistir siempre en usar *conveniencia*, en lugar de *expediencia*; podria en muchas ocasiones compararse á un sacamuelas Español que quisiese probar á su paciente la *conveniencia* de sacarse un par de cordales.

Los pasos de mi argumento son pocos y directos. —“Es voluntad de Dios que se procure la felicidad de la vida humana:”—ésta es la primera proposicion, que al mismo tiempo es base de toda regla moral. “La sociedad civil conduce á este fin:”—ésta es la segunda proposicion. “Las sociedades no pueden existir sin que, en cada una, el interes de la sociedad entera, se mire como ley á que cada parte y miembro de ella debe estar sujeto:”—ésta es la tercer premisa, que nos lleva á la conclusion siguiente “que entanto que el interes de la sociedad entera lo exija; es decir, en tanto que el gobierno establecido no pueda ser resistido ó mudado sin daño público; es voluntad de Dios (*voluntad* que en todas cosas es la regla de nuestro deber) que se obedezca al gobierno establecido”—entanto, digo, y no mas.

Admitido que sea este principio, la justicia de la resistencia en cada caso particular se reduce á un cálculo en que por un lado se pesen los peligros y gravámenes en que la nacion se halla; y por el otro, la probabilidad que hay de remediarlos, y lo que ha de costar el remedio.

Pero ¿quien ha de ser juez de esto? Respondo, que cada uno lo debe ser para sí. En contiendas de soberanos y vasallos, no hay ningun árbitro conocido: y seria muy absurdo el referir la decision á los *mismos* cuya conducta excita la contienda, y cuyo interes, autoridad, y suerte estan intimamente unidos con ella. El peligro de error y abuso no es razon suficiente para desechar la regla de la *expediencia*, porque todas las demas estan expuestas al mismo peligro, ú mayor; y qualquier otra regla que se proponga en este asunto (como sucede con todas las de conciencia) dependen necesariamente en su aplicacion, de la discrecion de cada uno. Notese, empero, que la discrecion ó juicio de cada individuo en particular obra en estos casos, ora sea

que se guie por sus propios raciocinios, ora siga la opinion de otro á quien voluntariamente haya escogido por guia.

Pasemos ahora á deducir algunas consecuencias, faciles aunque importantes, que resultan de la substitution de la *expediencia pública* en vez de contratos implícitos, promesas ó convenciones de qualquier clase que sean.

I. Hay ocasiones en que el deber de resistir al gobierno es tan grande como el de obedecerlo en otros tiempos : esto sucede siempre que en nuestra opinion deba resultar de ello á la sociedad mas ventaja que daño.

II. La legalidad de la resistencia, ó de la rebellion no depende solo del gravamen que se sufre ó se teme, sino de lo que probablemente debe costar la contienda, y las esperanzas fundadas que haya de salir con su objeto

III. La irregularidad de la fundacion primitiva de un estado, ó la violencia, fraude ó injusticia que acaso se haya empleado para apoderarse de el poder supremo, no son motivos suficientes para resistir á un gobierno, despues que se halla en quieta posesion. [Ningun Español, por exemplo, imagina que debe á resistir á los Borbones á causa de que la familia de Austria tuviese mas derecho al trono, que no la de Francia.] No hay guerras civiles mas fútiles que las que nacen de un derecho dudoso de sucesion; pero, no obstante, ningunas han sido mas furiosas y sanguinarias que ellas.

IV. No toda infraccion de los derechos del pueblo, de la libertad, ó de la constitucion; ni toda infidelidad á una promesa, ó juramento; ni cada abuso de prerogativas ó poder, olvido de su deber en el primer magistrado, en el cuerpo legislativo, ó en alguno de sus brazos—hace justa la resistencia, á no ser que estos delitos tengan sobre la sociedad tan malas consecuencias, que excedan á las de una

conmoción civil. No obstante, la observancia de la constitucion debe zelarse, y las transgresiones del poder, resentirse aun mas de lo que el caso en sí merezca; porque la forma y usos antiguos y conocidos, son, en los gobiernos, las unicas barreras que pueden defender á los pueblos contra la arbitrariedad; y porque estas barreras se debilitan por cada transgresion de poder, que no encuentra oposicion, ó que encontrandola, la vence.

V. No hay uso, ley ni autoridad tan obligatoria que deba continuarse, quando pueda mudarse con ventajas de la sociedad. La familia que ha de reynar, el orden de sucesion, las prerrogativas de la corona, la forma y brazos de la legislatura, igualmente que las obligaciones respectivas, officios, duracion, y dependencia mutua de estos brazos; son otras tantas *leyes*, que siempre que sea expediente, pueden variarse como todas las otras; ora en virtud de un acta ordinaria de la legislatura, ora por la interposicion del pueblo, si el caso lo requiere. Estos puntos suelen ser mirados con una especie de veneracion religiosa, y se pintan, como primeros principios de la constitucion formada por nuestros antepasados, que no deben exponerse ni á innovacion ni á debates; como cimientos que no deben moverse; como cláusulas y condiciones del contrato social á que todo ciudadano ha prometido ser fiel; en virtud de una obligacion que no puede anular. Semejantes razones no tienen lugar en nuestro systema: si, á nuestro modo de entender, puede haber alguna ventaja en mirar estos puntos con mas respeto que á las demas leyes; será en el caso de que la constitucion existente sea muy buena (razon que variará segun los diversos payses á que se aplique;) sera, porque en todas partes es útil que las formas y usos del systema gubernativo sean completamente entendidos, y reconocidos, tanto por los gobernantes como por

los gobernados; y esto se logra tanto mejor quanto menos veces se alteran.

VI. Sugeto de este modo el deber de obediencia civil á la *expediencia* de las circunstancias, se puede preguntar ¿en que se distingue la obligacion de un Ingles, y la de un Frances respecto á su gobierno: y ¿como es, que fundandose ambas en una misma razon, el Frances ha de estar obligado en conciencia á tolerar de parte de su rey*, mas que lo que un Ingles debiera? En las condiciones de un contrato pudiera haber diferencia; pero segun este sistema los *derechos* de uno y otro debieran ser iguales. No obstante, todo el mundo habla de las ventajas y *derechos* de un pueblo libre, suponiendo á estos *derechos* superiores á los que gozan los que obedecen á un monarca absoluto. ¿Como, pues, se puede explicar esta comparacion de los dos pueblos á no ser que se recurra á una diferencia primitiva en la naturaleza de las condiciones del contrato que respectivamente los obliga?—Esta pregunta es fundada, y su respuesta servira de mas ilustracion á nuestros principios. Admitimos que hay muchas cosas á que un Frances debe someterse por conciencia y por miedo, que un Ingles no debiera sufrir: pero esto nace solo de las dos razones siguientes: *primera*, que un mismo hecho, ó precepto, considerado en dos principes, no puede sugetarse á una misma regla de legalidad, en payses de diversa constitucion, pues en uno puede ser conforme á ella, y en otro quebrantarla: *segunda* que el *desagravio* no es igualmente asequible en ambos. La resistencia no puede intentarse con igual probabilidad de buen exito, ni de auxilio, en un pays donde el pueblo está contento con sus males, y en otro donde toda innovacion lo inquieta. Solo en esta manera

* Esta obra se publicó antes de la Revolucion de Francia.

son diversos los derechos civiles de los diversos pueblos; el deber de obediencia no tiene en todos los mismos límites; y el punto á donde empieza la resistencia á ser justa, está á muy diversos grados de la *escala* de gravámenes: todo esto se puede entender sin recurrir á un contrato social.

VII. “Todo lo que sea interes de la sociedad entera, es obligatorio respecto de cada individuo.” Ninguna regla menos extensa que ésta, es suficiente á consolidar la existencia de los gobiernos civiles, ni á mantener la paz y seguridad de la vida social. Por tanto, así como los individuos del estado no deben procurar su bien particular con daño de la comunidad; del mismo modo se infiere de la regla propuesta, que ninguna colonia, provincia, ciudad, ni distrito, puede en justicia formar planes de interes propio, y por separado, si se ve que estos han de disminuir la *suma total* de la prosperidad pública. No quiero decir, con esto, que para que una medida de esta clase sea justa, es preciso que aproveche á todas y cada una de las partes de la comunidad civil: (porque, como la felicidad del todo, puede aumentarse, aunque algunas partes pierdan en ella; es posible que la conducta de una parte de cierto imperio dañe á otra, y que, no obstante, sea justa; lo qual se verificará siempre que la parte que procede de este modo gane mas, que lo que hace perder á las otras, y el bien total de la sociedad crezca con la mudanza:) *empero* sí digo, que qualquier plan que daña á la felicidad *total* de una sociedad con el objeto de aumentar la de una *parte* de ella; es contrario á las obligaciones que resultan de la asociacion politica. Esta consecuencia es aplicable á la question de derecho entre la Gran Bretaña y sus colonias insurgentes. Si yo hubiera sido Americano, no me habria contentado con que me demostrasen que la separacion de con la metropolis produciria bienes á la America.

Mis relaciones con aquel pays me habrian impuesto la obligacion de inquirir, ademas, ¿si semejante medida seria conducente al bien *total* del imperio? —no es decir, al bien de cada parte de él; semejante cosa no debe exigirse, ni esperarse—la question debia ser ¿si lo que la Gran Bretaña iba á perder por la separacion, resultaria compensado en la suma total de la felicidad de los individuos, por lo que la America iba á ganar. Las contiendas de los estados soberanos y sus posesiones lexanas, pueden sugetarse á esta regla, sin riesgo. El bien público debe medirse por las mejoras que cada individuo logra, y por el número de individuos mejorados: los males públicos, lo mismo. Entretanto, pues, que una colonia es pequeña, ó una provincia está poco poblada, si se excita una competencia entre el pays poseedor, y sus dominios; estos deben ceder á aquel, porque es justo que si uno de los dos intereses ha de ser sacrificado, el mayor sea preferido al menor. Mas quando por el aumento de la poblacion, crezca de modo el interes de las provincias que forme ya una parte principal del *interes total* del estado; puede muy bien suceder que resulten tales inconvenientes de la union; que sea contraria, no solo á su felicidad propia, sino á la general del estado. En tal caso, aunque la regla y el principio del cálculo, son invariables, el resultado es muy diverso: y en razon de esto, las provincias ó colonias se pueden hallar en tales circunstancias, que tengan derecho á condiciones mas ventajosas en la asociacion; y si estas les son negadas, á la absoluta independencia*.

* Esta regla aplicada á la question entre España y sus colonias pondria fin á todas las vagas declamaciones que suelen emplearse por una parte, y á los efugios á que recurre la otra.

IV.

DEL DEBER DE OBEDIENCIA CIVIL, SEGUN QUE LO
PRESENTA EL CRISTIANISMO EN SUS
LIBROS SAGRADOS.

En quanto á la *extension* de nuestros derechos y obligaciones civiles, afirmamos que el *Cristianismo* ha dexado á los hombres en el mismo punto que los encontró: que no ha mudado, ni alterado sus límites: que en el Nuevo Testamento no se halla ni un pasage, que interpretado justamente, pueda presentar prueba ni objeccion alguna, aplicables á las consecuencias que, sobre este punto, se sacan de la ley y religion natural.

Los unicos pasages que se han alegado seriamente en esta controversia, y que nosotros debemos presentar y examinar aqui; son los dos siguientes: el uno está sacado de la Epistola de San Pablo á los Romanos, el otro de la primera de San Pedro.

A LOS ROMANOS, XIII, 1—7.

“ Toda alma esté sometida á los superiores, porque no hay potestad sino de Dios: las potestades existentes estan ordenadas por Dios. Así que el que resiste á la potestad, resiste á la disposicion de Dios: y los que se le oponen, recibiran para sí condenacion. Porque los gobernantes no son temor de las buenas obras, sino de las malas. ¿Quieres no temer al poder? Obra bien, y tendras alabanza de él: porque te es ministro de Dios para el bien; pero si haces el mal, teme; porque no en vano lleva la espada: ministro es de Dios, vengador para (*executar*) la ira en el que obra mal. Por tanto hay necesidad de someterse no solo á causa de la ira, sino tambien, de la conciencia. Por esto pues, pagad tributos; porque ministros son de Dios los que se emplean constantemente para esto. Dad, pues, á todos lo que se les deba, al que tri-

buto, tributo; al que impuesto, impuesto; al que temor, temor; al que honor, honor.”

I DE SAN PEDRO, II, 13—18.

“Someteos á toda ley* humana, por amor del señor: ya al rey, como superior, ya á los gefes, como enviados por él, para castigo de los malhechores, y gloria de los que obran bien: porque es voluntad de Dios, que obrando bien cerreis la boca á la ignorancia de los hombres necios: como hombres libres, y sin usar de la libertad como de velo para la malicia; sino como siervos de Dios.”

Para entender el verdadero sentido de estas instrucciones, reflexione el lector que sobre el punto de la obediencia civil hay dos questiones: la primera; si el obedecer al gobierno es un deber moral ú obligacion de conciencia? la segunda; hasta donde, y á que casos, se debe extender esta obediencia? Estas dos questiones se pueden separar de tal modo por la imaginacion, que es muy posible examinar la una sin acordarse de la otra. Debe, enfin, tenerse presente, que si las expresiones relativas á una de estas questiones se transfieren y aplican á la otra, hay gran riesgo de darles una significacion muy distinta de la que intenta el escritor. La distincion de que hablamos no solo es posible, sino natural. Si yo encontrára á una persona que mostrase dudas sobre si la obediencia civil es un deber moral que se debe cumplir voluntariamente; ó si solo es un mero sometimiento á la fuerza, semejante al que prestámos al ladrón que nos pone una pistola al pecho; yo le haria presente la uti-

* La palabra *Krístis*, que la vulgata traduce *Creatura*, significa tambien estatuto ó mandamiento del magistrado, y no hay razon para tomarla en sentido tan vago como el primero quando el texto pide claramente que se limite al que aqui le damos.—*Nota del Traductor.*

lidad y los objetos del gobierno civil, el fin y la necesidad de la obediencia á él; ó si, otra teoría me agradaba mas, le explicaria el contrato social, le instaría sobre la obligacion y la equidad de su tácita promesa, y consentimiento de dexarse gobernar por las leyes del estado que le protegía: ó, acaso, arguiria probándole que la Naturaleza misma dictó la ley de subordinacion, quando plantó en nosotros la inclinacion de vivir asociados con los de nuestra especie, y nos dotó con talentos tan varios y desiguales. Fuese mi principio el que fuese, siempre trataria de sacar ésta consecuencia: "que la obediencia al gobierno debe contarse entre aquellos deberes relativos de la vida humana, de cuyo quebrantamiento hemos de responder en el tribunal de la Divina justicia; ora lógre el magistrado imponernos castigo, ora logremos nosotros evitarlo: y aquí pararia, habiendo expresado ésta conclusion, igualmente que la obediencia inculcada en todo el argumento, en los terminos mas generales é inmodificados; supuesto que toda cortapisa y restriccion sería superflua, y muy agena de las dudas que yo trataba de satisfacer.

Si de allí á poco tiempo se llegase á mí ésta misma persona con quejas de gravámenes publicos, de impuestos exorbitantes, de actos de crueldad y opresion, de transgresiones tyránicas contra los antiguos y establecidos derechos del pueblo,—y me consultase ¿si una rebellion seria justa, y si en conciencia podia unirse á ella para sacudir el yugo, por fuerza; yo creeria que la question era seguramente muy distinta de la anterior. En el caso presente seria preciso distinguir y qualificar. Responderia, pues, que la expediciencia pública, no es solo el fundamento, sino tambien medida de la obediencia civil: que la obligacion de los subditos y de los soberanos es recíproca: que el deber de obediencia, bien se funde en utilidad ó en contrato,

no es ilimitado ni incondicional: que la paz puede ser demasiado cara: que la paciencia viene á ser pusilanimidad culpable, quando no sirve mas que de animar á nuestros superiores á que aumenten el peso de la carga que llevamos, ó á que nos la sujeten al cuello mas de firme: que ninguna ley moral hija de la recta razon puede mandar una obediencia que rinde á discrecion la libertad de un pueblo, y vincula la esclavitud en las generaciones futuras: ultimamente, diria al consultante, que calculase con qué peligro, y á qué costa se podia executar la empresa, y lo comparase todo con los resultados probables que tendria, escogiendo despues lo que le pareciese mas expediente, no al alivio de sus propios males, sino al interes general y permanente del estado. Si alguno que se hubiese hallado presente á ambas conversaciones, me culpára de inconsequente y me echára en cara la doctrina pasiva que antes habia enseñado, y los terminos ilimitados y absolutos en que habia entonces dado mis lecciones de obediencia y submision; yo creeria que no se me hacia justicia en tal cosa. Replicaria, pues, que la unica diferencia que se podia hallar en el language usado en ambas ocasiones, era que en la segunda habia indicado muchas excepciones y limitaciones que habia omitido ó de que no me habia acordado en la primera: que ésta diferencia nacia naturalmente de las circunstancias de ambas ocasiones; porque tan naturales eran dichas excepciones en la conferencia presente como hubieran sido superfluas y é intempestivas en la anterior.

La diferencia que hallamos en estas dos conversaciones es precisamente la distincion que se debe hacer al interpretar los pasages de la escritura de que estamos hablando. En ambos se inculca el *deber*, pero no se define su *extension*. Ambos sancionan la obligacion, de el modo que puede hacerlo

el Cristianismo; pero sin intentar extender ó reducir, y sin atender siquiera á los límites que la circunscriben. Este es, igualmente, el metodo en que los mismos apóstoles prescriben los deberes de los criados con sus amos, de los hijos con sus padres, de las mugeres con sus maridos. “Siervos, estad sugetos á vuestros señores.” “Hijos, obedeced á vuestros padres en todo.” “Mugeres, someteos en todo á vuestros maridos.” El mismo genero de expresiones concisas y absolutas se halla en todos estos preceptos: el mismo silencio respecto á excepciones ó limitaciones; y nadie duda, con todo eso, que los preceptos de los amos, padres, y maridos son, no pocas veces, tan inmoderados, injustos, é inconsistentes con otras obligaciones; que pueden y deben resistirse. En cartas ó disertaciones escritas de proposito sobre artículos particulares de moral, pudieramos con mas razon haber esperado una descripcion individual de nuestro deber, y algo de la exactitud moderna en las reglas destinadas á dirigir nuestra conducta; pero en pequeñas colecciones como éstas, de maximas prácticas que forman la conclusion, ó alguna pequeña parte de una epistola doctrinal ó tal vez polémica; no nos debe sorprender que el autor aparezca mas solícito de persuadir la obligacion, que exacto en numerar sus excepciones.

Esta distincion es bastante de por sí, para vindicar á estos pasages de toda aplicacion en favor de una obediencia ilimitada y pasiva. Pero si se nos permite valernos de una suposicion en que muchos comentadores estrivan como sobre un punto demostrado; es decir, que los primeros Cristianos tenian, para sí, la opinion de que por el hecho de convertirse al Cristianismo gozaban de una inmunidad que, no obstante su sumision forzada y de hecho, los eximia de *derecho*, de la obediencia á los emperadores Romanos; tendremos una inter-

pretacion mas adecuada y satisfactoria de las palabras de ambos apóstoles. Los dos pasajes vienen exactamente á la refutacion de este error: en uno y otro se enseña al Cristiano recién-convertido á que obedezca al magistrado "por amor del señor"—no solo á causa de la ira, sino tambien de la conciencia:—"que no hay potestad sino de Dios:—" "que las autoridades que existen," aun los gefes del imperio Romano, no obstante ser paganos, y usurpadores, en tanto que se hallan en posesion de la autoridad actual y necesaria del gobierno civil, "son ordenadas por Dios," y por consiguiente, tienen derecho á la obediencia de los que profesan ser siervos de Dios, si no mas, seguramente, no menos que los demas. Siguen describiendo brevemente el oficio de "los gobernadores civiles, castigo de los malhechores, y gloria de los que obran bien," y de esta descripcion de los objetos del gobierno inferen, justamente, el deber de sumision; deber, que no siendo mas limitado que la razon en que se funda, no es menos propio de los subditos Gentiles, que de los Cristianos. Si se admite que los dos apóstoles escribieron con alusion á esta question en particular, debera confesarse que sus palabras no deben aplicarse á otra question totalmente distinta; y que no pueden servir en ella, ni de darle su autoridad, ni de expresar su opinion. Ninguna semejanza puede hallarse entre el caso de un reciénconvertido de los primeros tiempos, que disputase la autoridad del gobierno Romano sobre los Cristianos; y el de otro, que reconociendo la autoridad general del estado sobre todos sus subditos, duda si dicha autoridad, ó alguno de sus brazos, está tan mal constituida ó usada, que dé derecho al pueblo á intentar una reforma por fuerza. De lo que los apóstoles dixeron sobre la *primer* question no tenemos mas motivo para juzgar lo que hubieran dicho sobre la

segunda, si se les hubiera propuesto, que lo tendríamos para inferir de la respuesta á la primera de las consultas que supusimos mas arriba, qual sería mi opinion sòbre la siguiente.

El unico defecto que tiene ésta explicacion es, que ni las escrituras, ni ninguna historia posterior á ellas aunque escrita en los primeros tiempos de la iglesia, da luz sobre la existencia de semejantes opiniones revolucionarias entre los primeros proselytos. Es verdad, no obstante, que hay algunas circunstancias de que se puede inferir que muchos de estos proselytos tenian ideas exageradas de los derechos politicos de los Cristianos. De la pregunta hecha á Cristo “¿es lícito dar tributo al Cesar?” se puede inferir que en las escuelas Judias se habian excitado questiones sobre la obligacion, y aun sobre la licitud de la obediencia al poder Romano. La relacion que hace Josepho de varias insurrecciones de los Judios de aquella y de la edad siguiente, que nacieron de ó se fundaron en este principio; confirman esta sospecha. De aqui es que como los mas de los primeros Cristianos fueron convertidos del Judaismo y tenidos por Judios en la opinion de lo demas del mundo: como ellos, tambien, se hallaban muy dispuestos á mezclar las doctrinas de ambas religiones; no es de extrañar que ésta opinion, tan lisonjera para sus partidarios, hubiese hallado acogida en la nueva creencia. Por otro lado, los primeros predicadores del Cristianismo acostumbaban ponderar entre las ventajas que su religion ofrecia á sus seguidores, la de “la libertad á que eran llamados,”—“en la qual Cristo los habia hecho libres.” Esta libertad, que significaba su emancipacion de los varios yugos en que habian vivido hasta entonces, tal como las pasiones desarregladas, la supersticion gentilica, ó el complicado ritual Judaico; podria haberse interpretado por algunos, de una emancipacion completa de

toda sugesion á las autoridades meramente humanas. Quando no fuese así, sus enemigos podrian acaso haberlos acusado de mantener opiniones de esta clase. Las palabras de San Pedro parece que aluden á algun error ó calumnia de este genero:— “ Porque es la voluntad de Dios, que obrando bien cerreis la boca á la ignorancia de los hombres necios: como hombres libres y sin usar de la libertad como de velo para la malicia (es decir, la sedicion) sino como siervos de Dios.” Si despues de todo esto, le pareciere todavia á alguno que esta conjetura no está sostenida de testimonios históricos lo bastante para servir de interpretacion á la escritura; podrá volver á las consideraciones que se han alegado en la primera parte de este capítulo.

Habiendo dado una explicacion tan extensa de la doctrina y designio general, que en nuestra opinion, contienen estos tan altercados pasages; seria inutil añadir la explicacion de cada cláusula en particular. San Pablo dixo, “qualquiera que resiste al poder, resiste á la disposicion de Dios.” Estas palabras “disposicion de Dios,” son aplicadas por muchos en favor de las ideas mas extravagantes, y supersticiosas sobre la autoridad real. Pero semejantes intérpretes han sacrificado la verdad á la adulacion. Primeramente, la expresion de San Pablo es tan aplicable á un genero de gobierno como á otro, á una especie de sucesion como á otra—igualmente en favor de los magistrados electivos de una pura república, que al monarca hereditario. En segundo lugar, no se dice de el primer magistrado exclusivamente, que *él* es la disposicion de Dios: este título, sea lo que fuere, pertenece igualmente á los empleados inferiores que á los mas altos. El derecho divino de los *reyes*, es como el derecho divino de los demas magistrados—es decir, la ley nacional, ó la actual y quieta posesion de su oficio:—derecho, segun nuestra opi-

Septiembre, 1813. — PARTE II.

P

nion, que está ratificado por la aprobacion Divina, siempre y quando la obediencia aparece necesaria, ó conducente al bien general. Los principes estan señalados por Dios, solo en virtud de el decreto general con que aprueba y confirma todas las leyes de las sociedades humanas que contribuyen ál objeto de su divina bondad, que es la difusion de la felicidad humana; pero en quanto al origen y naturaleza de estas leyes, el mismo San Pedro (sin ir en contra de lo que San Pablo dice de ellas) las llama "*leyes humanas*."

(Se continuará.)

ARTICULO COMUNICADO DESDE ESPAÑA.

Los Diálogos Argelinos, ó Conversaciones entre un Eclesiástico y un Árabe; sobre la Lei y Voto del Celibato.—
Por un Religioso Español: obra postuma.

(Continuados de la pag. 137.)

DIALOGO III.

ECL. Ya estamos en tiempo de exáminar esta materia baxo el aspecto del derecho humano eclesiástico.

AR. Ya es tiempo oportuno; pero os incomodasteis mucho ayer, y yo no quiero incomodar á nadie.

ECL. La verdad nunca puede incomodarme. Pero como su conocimiento trae consigo el de los errores y de sus tristes consecuencias, esto no puede ménos de extremecer.

AR. La lástima es que quien pudiera poner la mano en esto y remediarlo, no trata de ello; sino que persevera constante en su sistema. Debiera entenderse ya que en este punto no ha prometido Jesu Cristo infalibilidad ni ha ofrecido uasistencia para evitar errores. La experiencia de lo que ha su cedido en todos los siglos, y el conocimiento de lo que se puede esperar hasta la consumacion de ellos, podian ya abrir los ojos á los que pueden remediar estos males. Todos los inconvenientes que pudieran seguirse de observar el con-

sejo con libertad y como consejo, son infinitamente menores que el grande inconveniente de la perdicion de las almas, y de su ruina eterna. Esto enseña la caridad de Jesu Cristo, y la luz del Espíritu Santo. Para salvarlas, y no para perderlas, se puso en una cruz. Para facilitarlas el camino, y no para poner tropiezos ni echar lazos, derramó su sangre por ellas. Amó la virginidad: la practicó: la aconsejó; pero nada mas. A los hombres estaba reservado arruinar este edificio dándole mas elevacion: elevacion que si la hubiera sufrido, se la hubiera dado el mismo que lo reedificó. Cuando pienso en estas cosas, y en la conducta tenaz de Roma, se me resbalan los pies como á David al ver la felicidad de los malos. Y por fin David entraba en el santuario del señor, y allí entendia los misterios, y se aclaraban sus dudas. y se sosegaban sus temores; pero en el punto de que tratamos no hai misterios que entender, ni dudas que aclarar; porque todo está claro: ni hai santuario á donde entrar; porque si el santuario es Jesu Cristo y su lei, esa está patente á todos, y en ella no encontramos mas que lo que hemos dicho.

Decidme ahora ¿conoceis algun agente natural, sensible ó insensible, racional ó irracional, que, obrando segun su naturaleza, se oponga al mismo Dios?

ECL. Eso es inconcebible. No puede ser.

AR. Pues ese gran secreto ha descubierto la Iglesia Romana.

ECL. ¿Como!

AR. ¿Como? Elevando el consejo á precepto. Los eclesiásticos desde que reciben el subdiaconado, y las personas de ambos sexos desde que hacen sus votos ¿pueden contraer, ni desear contraer matrimonio sin ser criminales?

ECL. No pueden ciertamente.

AR. Pues ved ahí agentes naturales racionales, que si obráran segun su naturaleza se opondrian al mismo Dios: ofenderian al autor de la naturaleza misma. ¿No es esta una filosofia mui sublime? ¿no es este un descubrimiento mui saludable, y un semillero de virtudes y de salvacion?

ECL. Pero si el hombre se obliga voluntariamente, libremente!

AR. Esto es volver al principio: y lo extraño mucho; porque hasta ahora habeis manifestado buena logica.

ECL. ¿Pero la iglesia no tiene facultad de hacer leyes y de obligar á su observancia?

AR. Nadie lo duda. Mas esa facultad ¿de quien la ha recibido?

ECL. De Jesu Cristo.

AR. Y Jesu Cristo ¿ha dado á su iglesia facultad de hacer leyes contra el derecho natural, y contra su expresa y manifiesta voluntad?

ECL. No, ciertamente.

AR. Pues si la *lei* del celibato y de la virginidad es diametralmente opuesta al derecho natural; y contraria á la voluntad de Jesu Cristo, que no quiso mandarla, sino solamente aconsejarla; ¿como tiene la iglesia facultad de imponer esta *lei*? Si Jesu Cristo hubiera querido que ciertas y determinadas personas, ó ciertos y determinados estados, tuviesen esta obligacion, mui dueño era y mui señor para haberlo así dispuesto y ordenado; mas si no lo hizo; si solamente aconsejó; si dixo: *non omnes capiunt, sed quibus datum est*; si su apostol dixo expresamente: “*yo no tengo precepto del señor, pero doi consejo*” ¿como se manda esto por la iglesia á ciertos estados? Es necesario estar ciegos para no ver en esto la violacion mas arbitraria de todo derecho natural y divino. Ved aqui, como se ha convertido esto en un lazo; y como parece que el apostol previó éste abuso, cuando decía: “*esto lo digo para vuestra utilidad, no para echaros un lazo.*”

ECL. Es cierto que Jesu Cristo á ningun estado ni persona impuso este precepto.

AR. Pues ¡que! ¿la reparacion del Redentor habia de destruir la obra del Criador? El que venia á dar á los hombres la verdadera libertad ¿habia de imponer á ninguno un yugo de esta especie? El que vino á levantar las puertas de hierro, con que teniamos cerrada la entrada al reino de los cielos, y á allanarnos el camino ¿habia de haber puesto este muro casi impenetrable, y este tropiezo tan peligroso? ¡Ah señor! ¿cómo se injuria en esto al Salvador! ¿como se va su sangre por éste conducto, y se desperdicia lamentable y desgraciadamente!

ECL. ¡Lamentablemente! ¡Desgraciadamente!

AR. Sí señor. La sancion de esta *lei* está fundada sobre la infraccion mas palpable de todo derecho, natural y divino. Pero hai mas. No es esto solo lo que hai que llorar.

ECL. ¿Qué mas puede haber?

AR. Que la maestra de la verdad condenará estas verdades; porque se oponen á su disciplina: disciplina suya propia, que no aprendió de Jesu Cristo ni de sus apostoles. Si señor: condenará estas verdades: y como si se tratára de un dogma de fe, ó de un precepto del decálogo, ó de un man-

dato de Jesu Cristo, dirá: *quod semper, quod ubique, quod ab omnibus*; y alegará la antigüedad de su disciplina. Y si se multiplican los crímenes: y si se dificulta la salvacion: y si gran parte del género humano perece miserablemente, *sibi imputent* siga la disciplina.

ECL. ¡Cosa horrorosa! pero yo no la quiero oír mas. Estoy obligado á respetar á la iglesia.

AR. ¿Se os manda cautivar el entendimiento aún para estas cosas? ¿se os prohíbe el exámen de ellas?

ECL. No.

AR. ¿Os calificará la iglesia, con justicia, de herege, si decís que yerra en lo que no se le ha ofrecido infalibilidad?

ECL. Tampoco.

AR. Pues si aun no hemos exáminado este punto mas que en globo ¿porqué no hemos de continuar?

ECL. ¿Os queda mas que decir?

AR. Nos queda que exáminar la naturaleza de las leyes eclesiásticas: comparar con todas ellas esta lei singular; y considerar el valor de los motivos en que se funda. ¿Os parece todo esto de poca importancia?

ECL. No, sin duda. Prosigamos.

AR. Toda lei humana, civil ó eclesiástica debe ser justa. Esta es la primera propiedad que debe tener toda lei, para merecer este nombre, y tener fuerza de obligar á los subditos. Mas ésta justicia ¿por donde se mide? ¿cual es el criterio, por medio del cual podamos conocer la justicia é injusticia de una lei para saber si merece, ó no, este nombre? La conformidad ó no conformidad con la lei eterna de Dios, y de consiguiente con la natural, que no es mas que la impresion de la eterna grabada en el hombre. Ella es el exemplar de toda lei, y ninguna puede ser justa, ni tener fuerza de obligar, sino en cuanto se conforme con la eterna. Mas ¿que es la lei eterna? *Es aquella*, dice San Agustin, *por la cual es justo que todas las cosas esten ordenadissimas*; y el mismo en otra parte: *Es la razon divina mandando conservar el órden natural, y prohibiendo su perturbacion*. Ved ahora, si la lei del celibato conserva ó perturba el órden natural: si es ó no diametralmente opuesta á las inclinaciones naturales del hombre; inclinaciones impresas por Dios anteriormente á todo pecado y corrupcion. Y si pugna ¿en donde está la conformidad de esta lei eclesiástica con la eterna, y la natural? y si no hai tal conformidad ¿en donde está la justicia? y si no hai tal justicia ¿en donde está la lei?

ECL. El raciocinio es exáctísimo; y yo no sé como pueda contextarse.

AR. Con algarabias se ha contextado siempre; y no hai otro modo, ni puede haberle.

ECL. Tambien hai otro.

AR. ¿Y cual es?

ECL. Con excomuniones, y con penas gravísimas.

AR. Teneis razon.

ECL. ¡Y tanta! Por eso digo yo que por mucha verdad que digais, para mí siempre es una lei que me obliga; y ¡desdichado, si afirmo lo contrario!

AR. De ese modo se llaman tambien leyes las voluntades del gran sultan. Si la cuestion se reduce á este estado, os aconsejo que observeis la tal lei; y que no contraigais matrimonio, sino en el caso de mucha seguridad.

ECL. Os agradezco el consejo; pero ya no lo necesito. En otra edad hubiera corrido gran peligro con esta conferencia.

AR. Siguiendo nuestro raciocinio, digo: que esta misma conformidad que debe tener la lei humana con la eterna y la natural, para ser justa, esa misma debe tener necesariamente con la lei divina positiva; de modo que si discrepa de ella, ó es contraria, ni puede llamarse lei, ni tener fuerza de obligar. Diciendo, pues, San Pablo que no habia recibido del señor precepto alguno de la virginidad ó del celibato, toda lei humana que lo imponga, es opuesta á la voluntad del que no quiso que hubiese tal precepto.

ECL. Acaso San Pablo hablaria en general de todos los fieles; y no precisamente contrayendose á los ministros del culto. Y en este sentido, para aquellos será consejo, y para estos precepto.

AR. Pero San Pablo era sacerdote y obispo y apóstol; y dice sin distincion: *Yo no tengo precepto del señor; mas doi consejo como hombre que ha conseguido misericordia de Dios para serle fiel.* Claro está que San Pablo dice que observaba el celibato no por precepto que tuviese, sino por ser uno de aquellos que habia recibido este don extraordinario.

ECL. Los apóstoles, dice un Padre, ó fueron vírgenes: ó si tuvieron mugeres, las dexaron.

AR. Es un hecho. Pero esto prueba que practicaron el consejo. Nada hai aqui de derecho; y sino, decidme: estos mismos apóstoles que dexaron sus mugeres legítimas, si no las hubieran dexado, ó si hubieran vuelto á cohabitar con ellas, ¿hubieran sido criminales?

ECL. Imperfectos, desde luego.

AR. Eso nadie lo duda. Pero ¿hubieran sido criminales?

ECL. No me atrevo á asegurar tanto.

AR. Ni podeis; porque nadie es criminal sino quebrantando la lei; y esa, los apóstoles no la tenían. El celibato era entonces lo que debiera ser ahora, un consejo. Entonces no había mas lei que la que decia el apóstol: *præceptum Domini non habeo; consilium autem do.*

ECL. Pues que ¿la lei del celibato ne es de los tiempos apostólicos?

AR. Hasta principios del siglo cuarto, en que se celebró el concilio Iliberitano, no hubo tal lei. La continencia ó el celibato de los ministros de la religion era un mero consejo. Ni los apóstoles, ni sus discípulos, ni los varones eminentes en virtud y ciencia de los tres primeros siglos se atrevieron á tocar al evangelio en este punto. Conocian que la moral de Jesu Cristo era la mas sublime que hasta entonces se había predicado en el mundo; y no soñaron que pudiese sublimarse mas, inventando esta nueva y funesta obligacion en que el hombre ofrece á Dios lo que no puede ofrecer racionalmente. No dudeis, pues, señor Cura, que en los tres primeros siglos de la iglesia el celibato se observó como quiso Jesu Cristo que se observase; esto es, como un consejo: lo practicaba el que queria, y el que nó no lo practicaba; mas nunca se obligaban á su observancia perpétua por medio de un voto ó de una lei, porque en el momento que se contraiga está obligacion, ya dexa el consejo de ser consejo, y pasa á ser precepto. Este es el trastorno. Las consecuencias son: primera; enmendar los hombres la plana á Jesu Cristo; operacion que aunque suponga en sus autores el mejor celo y las mas rectas intenciones, no sé yo como pueda librarlos de la nota de indiscretos y presuntuosos. Segunda; sublimar el evangelio de un modo no visto hasta entonces. Tercera; dar un golpe terrible á la redencion de Jesu Cristo cerrando para muchos las puertas del cielo, y cargando al hombre con un yugo, que ni su naturaleza ni la instabilidad de sus propósitos puede sufrir perpetuamente. Cuarta; ser necesarias dos vocaciones: una para el ministerio, y otra para el celibato. Y quinta; estar obligado en conciencia á resistir á la primera el que no se sienta llamado á la segunda, y privar á la iglesia del fruto que con justicia pudiera prometerse de sus buenos ministros. Tales son los efectos de un celo indiscreto, y de un punto de honor mal entendido. Por otra

parte, es cosa ciertamente extraña que los Padres del concilio Iliberitano no tuviesen presentes las prácticas de los tres primeros siglos, cuando á nosotros nos consta por el cánón 6º, llamado de los apóstoles, que los obispos, presbíteros y diáconos que querían, conservaban sus mugeres: que se les encomendaba el cuidado de ellas; y que eran excomulgados los que las abandonaban á pretexto de religion. Igualmente nos consta por el cánón 8º del concilio Neocesarense que se permitía á los presbíteros la cohabitacion con sus mugeres, habidas ántes de su ordenacion, como no hubiesen incurrido en adulterio. Y si erraron los Padres del concilio Iliberitano ¿qué juicio podremos formar de la tenacidad, con que se ha llevado adelante este error, y se ha apretado el lazo poniendo nuevos nudos, y añadiendo nuevos eslabones á la cadena de la esclavitud?

ECL. Ahora veo esto baxo otro aspecto que hasta el presente. Tocaba estas cosas y no las advertia: tenia la verdad delante de mis ojos y no la miraba. En efecto, este ha sido un lazo que se ha ido apretando de siglo en siglo, hasta haber llegado á ser impedimento dirimente del matrimonio la profesion religiosa y el órden sacro. En los tres primeros, como habeis mui bien dicho, el evangelio estaba intacto: el consejo lo practicaba el que queria; y si alguno despues de su ordenacion contraía matrimonio, éste no se declaraba por nulo. El concilio Iliberitano principió á trastornar ésta disciplina: se hizo *lei* del consejo; y en virtud de esta nueva lei se prohibieron los matrimonios. Pero si alguno, ya fuese clérigo, ya profeso, atentaba á contraerlo, aunque se tenia por sacrilego, no se declaraba por nulo. Y como atestigua Teodoro Cantuariense en su penitencial; al profeso que contraía matrimonio se le mandaba que no dexase á su muger, y que hiciese penitencia por tres años. De los antiguos cánones ninguno se encuentra que irrite ó declare nulo el matrimonio contraído por los clérigos mayores, despues de su ordenacion. Los deponen del clericato; mas no decretan la separacion de sus mugeres. Faltaba este golpe: y por lo que hace á los clérigos lo dio en el occidente el concilio Lateranense 1º. celebrado en tiempo de Calixto II el año 1123. Con respecto á los religiosos, aunque desde fines del siglo 6º. fueron separados de sus mugeres los que contraían matrimonio, y reducidos á hacer penitencia en sus monasterios; sin embargo no fueron declarados nulos sus enlaces hasta el concilio Romano, celebrado en tiempo de Inocencio II el año 1133. De modo que el celibato de los clérigos mayores, y de los religiosos de



ambos sexós, en los mejores siglos de la iglesia fue solo un consejo, que practicaba el que queria: despues fue una lei, por consecuencia unimpedimento impediende del matrimonio; y finalmente en el siglo 12º un impedimento dirimente. Y es digno de notarse con este motivo, que este punto de disciplina ha seguido una marcha inversa al de los demas; porque miéntras todos los otros han ido degenerando y corrompiendose con el transcurso de los siglos, este ha ido subiendo y estrechándose á proporecion de la relaxacion de las costumbres y del refinamiento de las pasiones.

Ar. En esto no estamos de acuerdo. La disciplina del celibato ha sufrido con los tiempos la misma ó mayor relaxacion que los demas puntos disciplinales. Trastornar el evangelio; convertir el consejo en precepto; poner un obstáculo á la salvacion; sostener éste abuso tenazmente; y encontrar mayores inconvenientes que la ruina eterna de muchos; si no se llama relaxacion ¿que nombre podrá dársele? Mas volviendo al exámen de las leyes humanas, digo: que de la conformidad de estas con las divinas, ya naturales ya positivas, resulta otro caracter de la lei humana; y es que nunca manda cosas extraordinarias ó exóticas, sino lo mismo que la lei natural ó divina: y vienen á ser justamente sus mandatos, ó unas consecuencias, ó unas determinaciones y modos de observar los preceptos naturales y divinos con arreglo á las circunstancias de tiempo, personas, &c. y asi es que no hai una lei eclesiástica que no suponga un precepto anterior, natural ó divino. Por exemplo, es de derecho natural que demos culto á Dios; y la iglesia manda que se consagre el domingo á este culto, y que una de las obras con que se protexe ó manifieste, sea la asistencia al sacrificio de la misa. Instituye Jesu Cristo los sacramentos de la penitencia y eucaristia, y manda su recepcion á los fieles; y la iglesia dice: recibidlos tantas veces al año, y en la hora de la muerte. Es de derecho natural que seamos sobrios y abstinentes; y la iglesia da las leyes del ayuno, determina sus tiempos, y prescribe las demas circunstancias para la práctica de esta virtud. Es de derecho natural que los ministros del culto sean alimentados por los fieles á quienes sirven; y la iglesia manda que para estos alimentos sea destinado el diezmo de los frutos de la tierra: y asi se puede discurrir en todas las demas. No hai, pues, lei eclesiástica que no suponga una lei anterior, natural ó divina: ó que no pueda reducirse á una de ellas. Mas ¿á qué lei dice relacion la lei del celibato? Hasta ahora no hemos

visto ninguna; ántes bien el derecho natural y la voluntad de Jesu Cristo estan en oposicion con ella.

Si no es que se quiera decir que Jesu Cristo dio el consejo, y la iglesia el precepto; y que ésta lei es determinacion ó modo de observar aquel consejo. Mas esto á nadie se le oculta que es un dislate; porque hacer precepto de un consejo no es determinar el modo de su observancia; sino trastornar su naturaleza. Para ir consiguiente se deberia discurrir de este modo: así como las leyes naturales y divinas se determinan para su observancia por leyes eclesiásticas; así los consejos de Jesu Cristo se deberian determinar para su práctica por consejos eclesiásticos, salva siempre su naturaleza, y la intencion del Salvador.

ECL. Todo esto convence: no se puede negar. Pero aun tengo alguna dificultad, y es: ¿cómo puede componerse lo que habeis dicho, con los elogios que los padres de la iglesia han dado en todos los siglos á la virginidad?

AR. Juntad á esos elogios el mayor de todos (segun vuestros principios) cual es el que Jesu Cristo la haya practicado: ¿no os parece que esta es la mayor recomendacion de la virginidad?

ECL. ¿Quien puede dudarlo?

AR. Pues esto confirma lo que he dicho. Porque si á pesar de todo, Jesu Cristo no impuso á ninguno de los estados esta lei: claro está que la iglesia se excede imponiéndola. Estos elogios y la práctica de Jesu Cristo prueban el valor extraordinario de la virginidad. Pero que éste legislador haya respetado la libertad del hombre, y se contente con aconsejarsela; prueba es la mas evidente de que la iglesia nunca pudo hacer de ella una lei. Mas hemos hablado mucho, y se nos ha hecho tarde. Mañana podremos ya examinar los motivos ó causas que ha tenido la iglesia para observar esta disciplina.

ECL. Bien será necesario que nos demas prisa, y acabemos esta materia; porque el buque saldrá dentro de dos dias, y yo quiero llevar escritas estas conversaciones para lo que haya lugar.

AR. ¿Pensais publicarlas alguna vez?

ECL. No lo sé. Es punto difícil de determinar. Por otra parte la Iglesia Romana es tan celosa de sus prácticas y de su honor; que es mui de temer sea esta publicacion mas bien dañosa que saludable.

AR. La verdad nunca daña; y para ella todo es triunfo.

ECL. Si. Pero es cosa dolorosa descubrir al mundo este quixotismo eclesiástico; y dar armas para que muchos se burlen de nuestra iglesia, que al fin es la maestra de la verdad, aunque no en este punto.

AR. *Sibi imputet.*

Al dia siguiente tuvimos el

DIALOGO IV.

AR. Entrando ahora á exáminar los motivos que ha tenido la iglesia para observar, ó diré mejor, para mandar observar tan constante y tan tenazmente la disciplina del celibato; no se me oculta que muchos le han atribuido miras políticas de dominio, y de prepotencia*. Mas dexando á parte este exámen, en que no hai necesidad de entrar por ahora, nos limitaremos á discurrir sobre este punto sin separarnos de la lei natural, de la lei evangélica, y de la doctrina de vuestros doctores.

Ya hemos visto que el exígir la iglesia la observancia del celibato, elevando el consejo á precepto es enteramente opuesto al derecho natural. Tampoco tiene fundamento en el derecho divino; porque ni Jesu Cristo ha dicho, ni en todo el nuevo testamento se lee que el seguidor del consejo de tal manera haya de practicarle, que no pueda separarse de su observancia, cuando bien le parezca. ¿A donde, pues, encontraremos el fundamento de este trastorno? Yo no hallo mas que razones de congruencia; y creo que son cuatro. Si acaso hai alguna otra, ó podrá reducirse á estas, ó tendreis la bondad de manifestarmela.

ECL. Veamos cuales son esas.

AR. Sea la primera: la mayor expedicion para el ejercicio del ministerio. Segunda: el decoro del estado. Tercera: la reverencia debida á los sagrados misterios. Y cuarta: el mayor mérito que se adquiere para con Dios, privandose el hombre, por voto ó por lei, de la libertad de abandonar la práctica del consejo. Exáminemos cada una de por sí.

* Vease el rescripto de Maximiliano II, del año 1562, ó 63 á los padres del concilio de Trento, que se halla en la coleccion de los decretos de los emperadores que publico Goldast, pag. 383, tomo II.—Vease el voto del cardinal Rudolfo Pio, que publicó Pablo Sarpi: edicion de Leipsick, libro V, pag. 793.—Vease á Palavicini en las actas de la Sesión XXIV, del concilio de Trento.

Primera razon. La mayor expedicion para dedicarse enteramente al ministerio.

Afortunadamente esta razon la da el mismo apostol. *El que no tiene muger, dice, solamente cuida de las cosas de Dios, y del modo de agradarle; mas el que tiene muger está solícito de las cosas del mundo y del modo de complacerla; y de esta manera está dividido.* En estas palabras parece que está el triunfo de Roma y de su disciplina.

ECL. ¿Y no lo está?

AR. No señor. Al contrario, esta es una prueba de que la iglesia se ha excedido.

ECL. ¿Cómo?

AR. El apóstol, apoyado en estas razones, solamente aconseja el celibato. *Esto lo digo, añade, para vuestra utilidad; no para echaros un lazo.* Mas la iglesia, apoyada en las mismas razones, manda; no aconseja. Y ¿cómo manda? Descuidaos, y contraed matrimonio. Este será declarado nulo, y vos lleno de censuras y gravísimas penas. ¿En que se parece ésta conducta de la iglesia á lo que dice San Pablo? Pero vamos á la razon. Esta division que dice el apóstol ¿perjudica á la caridad y á la justificacion, ó puede componerse mui bien con toda la justicia Cristiana?

ECL. Puede; nadie lo duda. Lo contrario seria reprobar el matrimonio.

AR. Pues entonces ¿que es lo que quiere decir esa division? ese *divisus est*?

ECL. Quiere decir, que si el ministro del altar fuera casado, los cuidados domésticos le robarian una gran parte del tiempo, en perjuicio de su ministerio espiritual.

AR. ¿Mucho tiempo? ¿mucho tiempo? ¿cómo cuanto os parece que le robaria?

ECL. No es fácil determinarlo.

AR. Lo es. El tiempo que necesitaria emplear en las solicitudes domésticas.

ECL. Eso es mui claro y sencillo.

AR. La verdad siempre ha sido así, clara y sencillísima. ¿Y cuanto tiempo podria emplear en las solicitudes domésticas?

ECL. Tampoco me atrevo á determinarlo.

AR. Yo sí. El tiempo que gastaria un mayorazgo que viviese de sus rentas.

ECL. Pues ese con poco tiempo tenia sobrado; porque si los arrendatarios le ponen el dinero en la mano, no tiene que trabajar en buscar la subsistencia.

AR. Y no sucedería lo mismo al eclesiástico casado que viviese de las rentas decimales? ¿tan corto mayorazgo es el diezmo?

ECL. Verdad es; pero hai muchos eclesiásticos que no tienen renta y perecen.

AR. De eso no tratemos: es un abuso reprobado por la misma iglesia.

Señor cura, San Pablo se mantenía á sí, y á los que estaban en su compañía, con el trabajo de sus manos; y por eso infería con mucha razon que el casado estaría solícito y dividido; y aconsejaba el celibato. Mas en el día no milita ya esa razon. Distribuido el diezmo entre los eclesiásticos, y arreglado su número como manda la iglesia; cada uno es un mayorazgo, capaz de sufragar á los gastos de tres familias.

ECL. Está bien por lo que hace á los alimentos; pero ¿vive el hombre de solo pan? ¿Y la educacion moral de los hijos?

AR. ¿Consumirá mucho tiempo?

ECL. Yo creo que sí.

AR. ¿Cuántas horas empleaba al día vuestro padre en educaros?

ECL. Mi padre no me educó por sí inmediatamente; pero se esmeró en elegir maestros que ademas de la religion me instruyeron en otros ramos de conocimientos.

AR. ¿No pudo desempeñar ésta ocupacion por sí mismo?

ECL. No; porque ocupado siempre en comisiones importantes al estado, no le era posible atender á mi educacion ni á la de mis hermanos: no obstante observaba siempre que podia, y nos examinaba frecuentemente, para poder formar idea de nuestros adelantamientos, de nuestras costumbres, y de la eficacia de los maestros.

AR. A todo hombre que es útil á la sociedad, sucede lo mismo que á vuestro padre. Sus ocupaciones, de cualquiera clase que sean, le impiden tomar por sí mismo éste trabajo, y le precisan á encomendarlo á buenos maestros; reservándose solamente el exámen del resultado de la educacion. Mas por ésta razon ¿se dirá que estos hombres no pueden contraer matrimonio? ¿ó que no desempeñan sus obligaciones, educando á sus hijos de este modo? Pues si los ministros del culto tienen la obligacion de su ministerio para el bien de la iglesia y del estado ¿que extraño será que se hallen en la misma situacion que los demas empleados públicos, y que ne-

cesiten del auxilio de los maestros para la educacion de sus hijos? ¿Podrá esto ser una razon para separarlos del matrimonio? Si así fuese, solamente podrian casarse los que no tuviesen ocupaciones, ni necesitasen trabajar para procurarse la subsistencia. Yo estoi persuadido que los sacerdotes casados serian por lo comun los mejores padres de familias; y á esta persuasion me mueven muchas razones que á nadie se le ocultan. Entre otras; porque al enseñar la religion á los fieles, la enseñarian por sí mismos á sus hijos; y cuando predicasen á los fieles predicarian á sus hijos, y dando á todos buen exemplo lo darian tambien á sus hijos. Comparad esta conducta con la que tienen, y casi es forzoso que tengan, la mayor parte de los sacerdotes.

¿Veis, señor cura, cómo la razon de San Pablo no puede probar que el celibato deba imponerse por ley? ¿Ahora los sacerdotes no son pescadores, como ántes eran algunos de los apóstoles. Ahora tienen diezmos que no tuvieron los apóstoles. Ahora no caminan de tierra en tierra, y de ciudad en ciudad, enseñando, predicando y bautizando, como hicieron los apóstoles. Ahora no temen las persecuciones y la muerte que sufrieron los apóstoles. Son ya otros los tiempos, y debiera ser otra la disciplina. Porque si en aquellos, todas las razones valian solamente para aconsejar el celibato ¿como en los presentes, en que todo está ya tan variado, se alegan estas mismas razones, y sirven para mandar por lei la continencia?

Segunda razon. El decoro del cuerpo eclesiástico.

Es menester confesar en obsequio de la verdad que ha habido siempre y hai muchos eclesiásticos, seculares y regulares de uno y otro sexó, que ó porque tienen el don de Dios, ó por honor, ó por otros motivos que ellos solo saben, observan su lei y su voto, ó se portan de tal manera que ninguna de sus operaciones ofrece al mas rigido observador motivo alguno de censura. Sea cual fuere la causa de este modo de proceder, la sociedad no podrá nunca olvidar lo que debe á tan buena conducta, y la mirará siempre como hija de la virtud y del honor de estas victimas. Pero como para exáminar este punto, no basta saber que hai algunos buenos, sino que es necesario exáminar lo que sucede en la mayor parte, y en todos los tiempos y en todos los países; de este exámen y comparacion no puede ménos de resultar ésta verdad, á saber, que el *decoro* es imaginario, y el *descrédito*, real. Para probarlo seria necesario hacer una pintura del clero secular y regular: del modo como se entra en estos estados, y cómo se hace un

clérigo, un fraile y una monja : la conducta de la mayor parte en todos los tiempos ; y la que observarán ciertamente hasta la consumacion de los siglos. Pero estas son cosas mui sabidas de todos, especialmente de las personas que sufren el yugo : y no hai para que poner en proclama unos crímenes, y unas miserias que son consecuencias forzosas de la disciplina. Y no se me alegue la gracia de Jesu Cristo ; porque esa se ha dado no para que el hombre dexé de ser hombre, sino para que dexé de ser hombre corrompido. No para mudar su naturaleza ; sino para corregírsela. No para que obre milagros, sino para que practique las virtudes morales y Cristianas, y para que venza todos los obstáculos que las pasiones y la corrupcion de la naturaleza oponen á la práctica de todas ellas. Esta es la justicia Cristiana. Esta es la planta que vino Jesu Cristo á sembrar en la tierra : y la que regó con su sangre : y la que fomenta con su asistencia, y con el calor de su Espíritu Santo. Las demas gracias extraordinarias, los demas dones secretísimos de Dios, las finezas que Jesu Cristo quiera hacer á los hombres extraordinariamente, las tienen los que las tienen : *quibus datum est* ; y no estan ni pueden estar al alcance de leyes humanas. Dios las da á quien quiere, y de la manera que quiere, y por el tiempo que es su voluntad. Y este es el origen del mal : aqui está la raiz del error : en querer sugetar á leyes los secretos de Dios, los que él no ha querido revelar, y sobre los cuales ni el mismo Dios ha dado leyes. Tampoco se me alegue la mortificacion de las pasiones y la penitencia ; porque podrán responder los miserables culpados : “ Enhorabuena, pediremos á Dios esta virtud : haremos penitencia de nuestros pecados : refrenaremos nuestras pasiones ; pero, y del derecho de ser hombres ¿ quien nos ha privado ? y de la inclinacion natural que Dios nos dio ¿ quien nos ha prohibido el justo cumplimiento ? ¿ Dios ? nó. ¿ Jesu Cristo ? tampoco. ¿ Pues en obsequio de quien hemos de continuar haciendo éste sacrificio ? ¿ Ha de importar mas un decoro imaginario, que nuestra salvacion ? ¿ La tenacidad de Roma ha de ser mas poderosa para condenarnos, que la caridad de Jesu Cristo para librarnos y salvarnos ? ” ¡ Roma ! ¡ Roma ! ¿ qué responderás tu al Redentor, cuando te haga estos cargos en el dia del juicio ? ¿ cuando te demande las innumerables almas que han baxado al abismo, y la sangre de su redencion que se ha desperdiciado ?

ECL. Mala causa tiene.

Ar. Malísima. Guarda enhorabuena el depósito de la fe, que se te ha confiado : sé vigilantísima en su custodia ;

mas de lo que no se te ha dado, no dispongas. ¡La libertad del hombre! Dios se la dió: J. C. la respetó; y de ningún modo la puso en tus manos para que dispusieses de ella. Mas ¿qué responderá á los hombres?

ECL. A los hombres, si estan á su alcance, responderá con anatemas, y con penas gravísimas.

AR. ¿Eso hace Roma?

ECL. Eso hace.

AR. Eso mismo hace Constantinopla.

Tercera razon. La reverencia debida á los sagrados misterios.

Si la pureza y santidad de los ministros del altar hubiera de medirse por la de la víctima que ofrecen, ninguna santidad, ninguna justicia, ninguna pureza, sería bastante. No debiera haber ministros entre los hombres: ni aun los ángeles serian suficientes; porque nada criado es comparable con el que todo lo crió; y ninguna pureza de criatura puede igualar con la pureza, y santidad del criador y del Redentor. Por eso no ha pedido J. C. esta santidad, ó este grado de santidad á sus ministros; sino aquella de que son capaces, mediante la gracia de su redencion. Esta es doctrina vuestra, y de todos los que profesan vuestra religion. Mas ¿cual es esta santidad y esta justicia? La justicia Cristiana. ¿Y en que consiste esta? En la adopcion de hijos de Dios; en la participacion de su amistad; en la posesion de la gracia santificante; en la práctica de las virtudes; en la rectitud de las operaciones é intenciones; en una palabra, en el amor de Dios y del próximo, que es el fin de toda la lei. Ved ahí la justicia Cristiana; y la que pide Jesu Cristo á todos los hombres. Lo que pasa de esta linea á ninguno lo pide ni lo manda; solamente lo aconseja. ¡Admirad en esto la sabiduria del verbo de Dios, su justicia y su inmensa caridad! ¡que siendo dueño absoluto de la libertad del hombre, y pudiendo mandar lo que quisiese, no manda el sacrificio de la libertad ni aun á sus ministros! ¡que siendo el resplandor del padre, y la fuente de toda limpieza y santidad, no les exige la que nace de la virginidad ó del celibato; sino la que es hija de la lei, del vencimiento de las pasiones, y del arreglo de todo desorden! Aprecia la virginidad; y este verbo eterno que por su encarnacion tenia un título ilimitado para pedirlo todo; la insinúa, la practica, la aconseja, y nada mas. ¡Delicadeza propia de un Dios; ¡Amor infinito del Redentor! ¡Deseo de la salvacion! ¡Aprecio del hombre, y de la sangre que por él derramó! ¡Y el Cristiano no conoce el valor de esta caridad! ¡Y osa poner

las manos en tu obra divina, y echarlo á perder todo!
y

ECL. ¡Cuanto me gusta oiros hablar en estos términos!
Me parece que oigo á un Cristiano amantísimo de Jesu Cristo,
y zeloso por su religion. Pero os he interrumpido: con-
tinuad.

AR. Concluiré. Si para tratar los santos misterios no
exige Jesu Cristo mas pureza que la que presta la justicia
Cristiana; y si la práctica de toda ella está tan de acuerdo con
el matrimonio: ¿cómo podrá decirse que solo el célibe es
digno de acercarse al altar y ofrecer la víctima? ¿Que tiene
el matrimonio que no sea santo y honesto? ¿Y que tiene su
prohibición que no sea, por lo ménos, peligroso y arriesgadi-
simo? Déxese, pues, esa pureza extraordinaria, á quien la
tenga, y respétese el don de Dios; mas nunca se exija por lei
lo que no puede estar sugeto á lei, ni nadie sugetó. Valiera
mas que todos los ministros fuesen casados, que el que uno
solo viviese desarreglado. Esta disciplina sería mas con-
forme á la naturaleza del hombre, y á los fines de la re-
dencion.

ECL. Dura cosa es decir que la Iglesia de Roma no tiene
en esta parte el espíritu de Jesu Cristo, ni su caridad, ni sus
miras!

AR. Aun es mas duro que sea esto una verdad.

Cuartu razon. El mayor mérito que se adquiere para
con Dios privándose el hombre por voto ó por lei de la libertad
de abandonar la práctica del consejo.

En primer lugar era necesario suponer que el hombre puede
votar ó disponer de su libertad, sacrificandola sin que Dios se
lo mande. Lo cual, cuan contrario sea al derecho natural, se
ha demostrado desde el principio. Es menester repetirlo
muchas veces. Siempre que me sea lícito sacrificar mi
libertad en obsequio de Dios, sin que el mismo Dios me lo
mande, me sera igualmente lícito cortarme un brazo, ó pri-
varme de un sentido en obsequio suyo. De lo contrario es
menester decir que es mas don de Dios, ó mas apreciable un
brazo y un sentido que la libertad natural. Mas concedamos
por un momento que todo lo dicho fuese falso: que el hombre
pudiese por sí mismo hacer éste sacrificio; y que lo hiciese
con el ánimo de contraer mas mérito para con Dios, ¿será
cordura ni prudencia, para merecer mas, exponerse á perderlo
todo? Si un negociante tuviese segura una especulacion
contentándose con una moderada ganancia, y por codicia se
expusiese á perder todo el capital, y de hecho lo perdiese y se

Septiembre, 1813.—PARTE II.

Q

reducese á una espantosa miseria ¿qué juicio formariais de la prudencia de este hombre? Pues ¿puede darse miseria mas espantosa que la de un célibe que está precisado á serlo contra el derecho natural y divino: que ve el precipicio inevitable: que por haber aspirado á ganar mas, acaso va á perderlo todo: que conoce la nulidad y la injusticia de la lei; y que no puede sacudir el yugo, sin exponerse á todo el rigor de las penas canónicas y civiles? ¿á donde está aqui la prudencia? ¿donde la justicia? ¿donde el juicio y la racionalidad? ¿No valiera mas que hubiera perdido esos grados de mérito, que no que pierda la caridad, la justicia, y al mismo Dios?

Si es imposible que el hombre dexé de ser hombre, ni de tener las inclinaciones naturales que Dios le dió: si el hombre virgen es un milagro, ó un fenómeno de la gracia: si ésta la da Dios á quien quiere, y la profesion del clericalato no es un título para que la conceda, ¿cómo es concebible que esto sea materia que pueda sugetarse á instituciones ó leyes humanas? El hombre siempre ha de ser hombre; y cuando no pueda serlo por caminos legítimos, porque estos se le obstruyan irracionalmente, lo será por todos los medios imaginables, y que esten á su alcance. Perderá la justicia y la gracia santificante: perderá su alma: perderá al mismo Dios; mas nunca dexará de ser hombre, si Dios misericordiosa y extraordinariamente no le concede el que dexé de serlo. Todos saben estas verdades: nadie ignora que esto ha sucedido desde el principio, y que sucederá mientras dure el error y la tenacidad; y mientras no tengamos ideas exáctas de la virginidad, del celibato, del consejo evangélico, y del modo ó libertad absoluta con que debe practicarse.

Resulta de cuanto se ha dicho que el celibato, de la manera que se exige entre vosotros, es la suma de todos los errores: el triunfo mas completo de la supersticion: y el medio mas eficaz para extender por el mundo la corrupcion y el imperio de satanas.

Desengañémonos de una vez. La iglesia no puede tener mas deseo de la perfeccion y de la salvacion de las almas que Jesu Cristo mismo: y pues este legislador no sancionó ni promulgó lei alguna sobre este punto, sino que solamente lo aconsejó; imite la iglesia este exemplo, como está obligada á imitarlo. ¿Quiere la salvacion, y no la perdicion y la ruina? quite el tropiezo: recoja esa que se llama lei: dexé la justa libertad: no añada á la obra de Jesu Cristo; y de este modo se salvarán mas, y no faltarán perfectos.

Entretanto, señor cura, esforzaos á evitar en adelante la

ruina eterna de vuestros hermanos, ya que hasta el presente han sido sus crímenes tan ciertos, y su salvacion tan dudosa.

Aquí acabó el Arabe, y se retiró. Las últimas palabras que me dixo, me dieron margen á muchos reflexiones. ¿Mas qué esfuerzos podia yo hacer, ni que valor podrian tener, para que evitasen la ruina eterna de mis hermanos, é influyesen en su salvacion? acaso ¿dar al público estas conversaciones? pero ¿qué fruto podia yo esperar de la publicacion? Muchos son los que estan penetrados de estas verdades, y sin embargo no las dicen; porque, persuadidos que no es el espíritu de verdad, ni el deseo de la salvacion el que ha animado á la Iglesia de Roma para sostener esta disciplina; conocen toda la inutilidad, y aun todo el perjuicio que pudiera seguirse de publicarlas. ¿Pues qué querrá decir el Arabe? Deseoso de salir de esta duda, y teniendo que verificar mi viage al dia siguiente; me determiné á buscarle: halléle y tuvimos el siguiente.

DIALOGO V.

ECL. Buen Arabe, ¿de que manera puedo yo contribuir á la libertad de mis hermanos, para que me dixeseis esta mañana que me esforzase á evitar en adelante su ruina eterna? ¿Pensais acaso que pueda yo trastornar esta disciplina?

AR. La fuerza de la verdad es infinita; y las tinieblas se disipan con la luz. No dudeis que á impulsos de la verdad caerán desplomados algun dia los altos edificios que han levantado en todos tiempos la supersticion y el fanatismo, y la ambicion y la codicia, cubiertas con la capa de religion. Y sino, decidme; ¿porque os parece que temen muchos que se esparzan las luces? ¿será acaso, porque no se pierda el culto patrio? No deis nunca en esa debilidad. A la sombra del templo se abrigan muchas aves nocturnas, que solamente entran en él para chupar el aceite y apagar las luces, y dan luego lamentos. Temen la verdad, temen la luz, temen que se hable; porque no llegue el dia, en que se haga un discernimiento entre los mandatos de Dios y las tradiciones de los hombres; porque no se descubra que el camino del cielo es distinto del de la ambicion, y que la religion no produce oro, sino virtudes, y humanidad, y sociabilidad; porque no llegue á conocerse la diferencia que hai entre el ministerio del culto, y el manejo infame de las pasiones. Esta es la causa del

temor; pero aparezca la luz, y se esconderán las lechuzas. Truene el rayo de la verdad, y solamente ladrarán los perros, y correrán desatentados sin saber de que huyen.

ECL. La publicacion de estos diálogos ¿producirá todos estos efectos? ¿Esperais que la iglesia varie por esto su disciplina?

AR. Semejante esperanza seria la equivocacion mas imperdonable, y probaria al mismo tiempo ignorancia de muchas cosas. Los que nunca vuelven atras, porque se arrojan el nombre de iglesia; la infalibilidad que a ésta se le ha concedido solamente en materias de dogma y de moral, la extienden tambien á los puntos de disciplina, á lo menos á este. Son ademas mui lince, y preveen mayores inconvenientes que el de la perdicion eterna de muchos. Solamente así puede explicarse su amor constante á la lei del celibato, y su santa y saludable y oportunísima tenacidad. Pero la iglesia está en el estado; y leyes suyas disciplinares, que, ademas de injustas, son perjudiciales á la sociedad, pueden mui bien abolirse por ésta, como árbitra suprema de la salud del estado, y de la felicidad pública.

ECL. Chocarian entonces las dos potestades.

AR. No seria la primera vez. que ha habido este choque entre la iglesia y los estados, sin que por él se haya alterado el evangelio, ni mudado nada de lo que pertenece á la substancia del culto.

ECL. Si el estado tratase de abolir esta lei, seria necesario ademas que anulase la que hace al voto y al orden sacro impedimento dirimente del matrimonio; porque son dos leyes distintas.

AR. Una cosa es el matrimonio, y otra el sacramento del matrimonio. Sobre este tiene la iglesia la misma facultad que sobre los demas. Pero sobre el matrimonio como contrato civil no exerce mas que la que le han prestado los príncipes. Al legislador de la república toca esencial y exclusivamente hacer leyes para los contratos; y señalar las personas hábiles ó inhábiles para celebrarlos; y las demas condiciones que exijan las circunstancias y el bien público.

ECL. Sobre materias políticas nada puedo decir. Mas mirando el punto eclesiasticamente, y concediendo que la lei del celibato fuese justa, ¿porque no se ha de considerar como todas las otras, y se ha de proceder en ella como en las demas? En la lei del ayuno ¿no dispensa el superior con justa causa? En la asistencia al sacrificio de la misa, que es otra lei ¿no sucede lo mismo? En los impedimentos dirimientes del matri-

monio ¿no dispensa el romano Pontífice, y en los doce primeros siglos los obispos? ¿Pues porqué razon no ha de suceder lo mismo en la lei del celibato? ¿Podrá negarse nunca que innumerables célibes han perecido eternamente, y perecerán en adelante por sola esta causa? ¿y que muchos no tienen mas impedimento para salvarse que esta lei? ¿pues porque, razon no han de abrirse, á lo ménos á estos, las puertas del cielo con la dispensa de esta lei?

AR. Estos son abismos; pero no pasan de políticos. Cualquiera que no los entienda se admirará, y podrá preguntar con razon ¿qué misterio es este? ¿qué tenacidad es esta? ¿Como podrá nunca decirse que la iglesia en esta conducta está animada de la caridad de Jesu Cristo é ilustrada con la luz del Espíritu Santo? Por lo demas que decis, no hai duda que puestos los obispos por Jesu Cristo para el gobierno de su iglesia, y revestidos de todas las facultades que para este regimen son necesarias, podian mui bien dispensar, de esta lei á todos aquellos que encontrasen en ella un obstáculo para su salvacion. Mas viniendo ahora á la potestad de los soberanos sobre materias de religion; es necesario establecer ciertas verdades, de donde se deduzcan las consecuencias que buscamos. Decidme ¿un soberano puede admitir en sus estados la religion ó religiones que quiera, esto es, ser tolerante ó intolerante?

ECL. Puede sin duda.

AR. ¿Vuestra religion, ó diré mejor, vuestra iglesia tiene facultad de destronar al tolerante, ó de absolver á los súbditos, con este motivo, del juramento de fidelidad?

ECL. No; la religion no autoriza á sus ministros para perturbar ni directa ni indirectamente los derechos de las naciones y de los soberanos.

AR. Y el que admitiese solamente una religion ¿porqué os parece que procederá de este modo?

ECL. Porque entiende que aquella sola es la que mejor se hermana con los intereses de la sociedad. De la misma manera que el que admite muchas ó todas, lo dispone así porque entiende que ésta tolerancia se combina mejor con el bien público.

AR. Luego la tolerancia ó intolerancia civil nace de la combinacion del bien público con el ejercicio de la religion ó religiones que se admitan.

ECL. No hai duda.

AR. Luego tanto el soberano que admita todas, como el que no quiera mas que una, no mira en esto otra cosa que el no perjudicar al bien de la sociedad.

ECL. Asi lo entiendo.

AR. Luego si en alguna de las religiones se hallan leyes que sean contrarias al bien público, y á los derechos de los ciudadanos, puede el soberano ó no admitirla, ó admitirla solamente en aquella parte que no sea perjudicial.

ECL. En esto tengo alguna duda. Como la religion es un conjunto ó cuerpo de doctrina enlazada que forma un todo completo, no puedo entender como se admita en unos puntos, y no en otros, sin que quede una religion incompleta.

AR. En toda religion, y lo mismo en la vuestra, hai que distinguir lo que pertenece á la substancia de ella, de lo que es exterior y accidental: lo que pertenece al culto interno, y lo que es propio del externo: lo que ha planteado el fundador, y lo que han añadido los hombres. Sin salir de la vuestra teneis un exemplo. Vosotros distinguís mui bien las leyes disciplinares de las reglas del dogma y de la moral.

ECL. Entiendo lo que quereis decir. Un soberano puede admitir mi religion en sus estados, desechando tal ó tal lei disciplinar, que no siendo de la esencia de mi culto, pueda perjudicar á la sociedad.

AR. Ese es precisamente el caso. Y para concretarlo mas, hablemos de la lei del celibato. Esta es una lei meramente disciplinar, y que de ninguna manera pertenece á la substancia de la religion, ni en la parte dogmática ni en la moral. Es una lei, que ni el fundador ni sus apóstoles impusieron á ningun estado ni persona. Es una invencion del siglo cuarto. Es perjudicial al bien público en muchas épocas y circunstancias. Ataca directamente los derechos mas sagrados, mas delicados, y mas apreciables del hombre. Es causa de muchos delitos privados y públicos, con los que se trastorna el orden social y el de las familias. Pregunto ahora ¿semejante lei podrá abolirla en sus estados un soberano que admita vuestra religion? ¿Dexará de ser por esto verdadero creyente? ¿Atentará al culto con esta abolicion?

ECL. Yo no me atrevo á decidir sobre este punto; pero me ocurre otro medio, que tambien es compatible con las doctrinas que habeis sentado.

AR. ¿Y cual es?

ECL. Es este. Para que las penas eclesiásticas produzcan efectos civiles en los que las han incurrido, es necesario que el estado mire como suyas, y defienda, las leyes eclesiásticas. Esto supuesto, me parece que está al alcance de la autoridad civil no castigar con sus penas á los infractores de una lei eclesiástica perjudicial al estado, á quienes la iglesia castigaria

con las suyas. Es decir, á no mirar como suya, ni proteger, semejante lei. Pero ya es tarde, y basta lo dicho para conocer los diferentes modos que tanto la iglesia como el estado tienen en su mano para aliviar esta carga, quitar este impedimento, y proteger á los infelices.

Con esto dimos fin á nuestros diálogos. Al dia siguiente vino el Arabe, y despues de mil ofrecimientos, y algunos encargos que mi hizo para varios de sus amigos, me dexó á bordo del barco. Yo quedé persuadido que baxo aquel traje se ocultaba un hombre, á quien sus opiniones, sus intereses, ó sus desgracias, habian obligado á tomar un disfraz.

DOCUMENTOS, Y NOTICIAS MILITARES.

Manifiesto de S. M. el Emperador de Austria, Rey de Hungria y de Bohemia.

La monarquia Austriaca, se ha visto obligada, por sú situacion, sus varias relaciones con las otras potencias, y su importancia en la confederacion de los estados Europeos, á tomar parte en casi todas las guerras que han devastado á la Europa por mas de veinte años. Durante esta terrible contienda uno solo ha sido el principio que ha guiado á su majestad imperial. Amante de la paz por conciencia, por caracter y por amor á su pueblo, y ageno de todo pensamiento ambicioso de conquista y engrandecimiento, S. M. solo ha tomado las armas quando lo ha obligado á ello su propia defensa, la inquietud por la suerte de estados vecinos, é inseparables en ella de la suya propia, ó el riesgo de todo el systema social de Europa, expuesto á ser presa de un poder absoluto y arbitrario. Promover la justicia y el orden han sido los objetos de la vida y reynado de S. M. y solo por ellos ha peleado el Austria. Si en estas lides, mas de una vez desgraciadas, ha recibido la monarquia heridas bien profundas; S. M. se consuela aún con, pensar que la suerte de este imperio no se ha arriesgado en empresas inútiles y violentas; y que todas sus determinaciones han sido justas á los ojos de Dios, de su pueblo, de sus contemporaneos, y de la posteridad.

No obstante las grandes preparaciones que se hicieron para la guerra de 1809, el estado se hubiera sepultado en sus ruinas á no ser porque el siempre memorable valor del ejército, y el espíritu de verdadero patriotismo que animó á toda la mo-

narquia, contrapesaron á todas nuestras desgracias. El honor de la nacion y su antiguo renombre en armas, fueron mantenidos á pesar del infortunio; empero perdimos provincias muy preciosas, y por la cesion de las provincias que baña el Adriático, Austria se vio privada de toda especie de comercio marítimo; que era una de las fuentes mas principales de su industria: golpe que se hubiera hecho sentir mas cruelmente, á no ser que por aquel tiempo se vio cerrado el continente por un systema general y destructivo, que impedía el comercio y casi suspendía toda comunicacion entre las naciones.

El progreso y resultas de esta guerra convencio enteramente á S. M. de que en la palpable imposibilidad de una pronta y completa mejora de la situacion politica de Europa, desquiciada como se hallaba hasta los cimientos; los esfuerzos individuales de los estados, hechos en propria defensa, solo contribuirían á consumir la poca fuerza que les quedaba, á acelerar la universal ruina, y destruir toda esperanza de ver días mas felices en adelante. En esta persuasion S. M. previó las importantes ventajas que resultarían de una paz, que asegurada por algunos años, pudiese contener á aquel poder excesivo y hasta entonces irresistible, diese á esta monarquia el reposo que era necesario para reponer sus rentas y su ejército, y procurase á los estados vecinos tiempo de respirar, que usado con actividad y prudencia, podría abrir camino á una epoca mas dichosa. Semejante paz no podía obtenerse en las circunstancias de entonces, sino á costa de un esfuerzo extraordinario. El emperador lo vio todo, y se determinó á hacer este esfuerzo. Por la preservacion del imperio, por los intereses mas sagrados de la humanidad, por evitar una inmensidad de males, y asegurar un nuevo orden de cosas, S. M. hizo los sacrificios que mas costosos podían ser á su corazon. Con este objeto, sobreponiéndose á todos los escrúpulos comunes, y armandose contra todas las interpretaciones siniestras del momento, hizo una alianza, cuyo objeto era reanimar á la parte mas debil y oprimida, dándole cierta especie de seguridad despues de una contienda desgraciada; é inclinar á la victoriosa y mas fuerte á una conducta de moderacion y justicia, sin la qual la asociacion de los estados no es mas que una asociacion de miseria.

Su magestad tenia tanta mas razon para alimentar estas esperanzas quanto que al tiempo de executarse aquella union, el emperador Napoleon habia llegado á un punto de su carrera, en que debia esperarse que trataría de conservar sus conquistas, y dexaría de afanarse por aumentarlas. Qualquier

nueva extension de sus dominios, quando ya excedian á sus límites naturales, debia poner en riesgo, no solo á la Francia, que gemia baxo el peso de sus conquistas, sino tambien á sus intereses personales. Lo que su autoridad ganaba en extension, lo perdía en seguridad. El enlace con la mas antigua familia imperial de la Cristiandad, daba tal consistencia y perfeccion al edificio de su grandeza en la opinion de los Franceses y del mundo, que todo otro plan de engrandecimiento, solo podia contribuir á debilitar lo hecho. Lo que la Francia, y la Europa, lo que tantas naciones oprimidas y desoladas pedian ardientemente al cielo; la voz de la politica lo dictaba al triunfante gefe como medio de seguridad propia; y quien no esperaria que tantos y tantos poderosos motivos serian mas fuertes que la ambicion de un individuo.

No es culpa del Austria que tan lisongeras perspectivas se desvaneciesen. Despues de tantos años de esfuerzos inútiles, despues de infinitos sacrificios de todas clases, era ya tiempo de intentar lograr un orden mejor de cosas por medio de la confianza y condescendencia; ya que torrentes de sangre, solo habian producido miseria y destroz: por lo menos, S. M. jamas podra arrepentirse de haberlo intentado.

Aun no habia pasado el año de 1810, la guerra ardia en España, y el pueblo Aleman no se habia recobrado de las devastaciones de las dos guerras anteriores, quando en hora menguada el emperador Napoleon determinó reunir una porcion considerable del Norte de Alemania á la masa de pueblos á que llaman imperio Frances, y robar á las antiguas y libres ciudades comerciantes de Hamburgo, Bremen, y Lubeck, primero su existencia politica, y poco despues la mercantil, que era condenarlas á entera ruina. Tomose este violento paso, sin el mas pequeño pretexto, y contra toda forma de decencia, sin declaracion prévia, y sin dar parte á ningun gabinete; baxo el futil pretexto de que así lo exigia la guerra con Inglaterra.

Este cruel systema cuyo objeto era destruir el comercio del mundo, á costa de toda independencia, prosperidad, derechos y dignidad, y causar la completa ruina de las propiedades publicas y particulares de las potencias continentales; fue seguido con el mas terrible empeño, en la vana esperanza de forzar un resultado, que á no haber sido inasequible, hubiera sumergido á la Europa por mucho tiempo en pobreza, debilidad y barbarie.

El decreto para establecer el dominio Frances en la costa de Alemania baxo el título de la *trigesima segunda division militar*, era por sí bastante á excitar sospechas en los estados

vecinos, no solo por sus efectos inmediatos sino porque era un funesto presagio de mayores males para en adelante. Viose por este decreto que el systema formado en Francia (systema que aunque habia ya sido quebrantado, aun se proclamaba como existente) es decir que el plan de límites que falsamente se llamaban los naturales de Francia, se transtornaba sin justificacion ni apologia, y que los decretos arbitrarios del emperador se abrogaban con la misma arbitrariedad que se habian dado. Ni los príncipes de la confederacion del Rin, ni el reyno de Westphalia, ningun territorio grande ó pequeño escapaba á los efectos de esta tremenda usurpacion. La línea de demarcacion que parecia tirada por el mas ciego capricho, sin regla ni plan alguno, y sin atencion á las relaciones politicas antiguas ó modernas, se via ya intersectar rios y payses enteros, cerrar á los estados del Mediodía y del Centro de Alemania toda comunicacion con el Oceano Germánico, atravesar el Elba, separar á la Dinamarca de la Alemania, aspirar al Baltico, y acercarse rapidamente á la línea de fortalezas Prusianas que aun estaban ocupadas sobre el Oder; y lexos de que este acto de usurpacion (aunque tan contrario á todo derecho, posesion, y demarcaciones geográficas, politicas, y militares) apareciera como fin y complemento del systema, era imposible no ver que solo era una preparacion para convertir la mitad de Alemania en una provincia Francesa y al emperador Napoleon, en dueño absoluto del continente.

Esta monstruosa extension del territorio Frances, no podia menos que alarimar á Rusia y Prusia. Esta ultima rodeada por todos lados, incapaz de toda accion propia, y privada de los medios de adquirir nuevas fuerzas, se via ir á largos pasos á su disolucion. Rusia, temerosa de su frontera occidental, viendo á la ciudad de Dantzic, que habia sido declarada libre por el tratado de Tilsit, convertida ahora en un puerto militar Frances, igualmente que una gran parte de Polonia en provincia Francesa, no podia dexar de ver un riesgo inminente para sus posesiones Alemanas y Polacas, en los progresos del dominio Frances á lo largo de la costa, y en las nuevas cadenas preparadas á Prusia. Desde este momento se debio mirar como decidido el rompimiento entre Francia y Prusia.

Austria no pudo mirar, sin grande agitacion, la tormenta que se formaba. De qualquier modo la escena de las hostilidades debia estar contigua á sus provincias, que por razon de las reformas necesarias del systema de rentas que habian impedido el restablecimiento de sus medios de defensa, estaban

muy mal seguras. Por otro lado, la lucha que amenazaba á Prusia, siendo emprendida con tan siniestra combinación de circunstancias, con la misma falta de cooperacion de las otras potencias, y con la misma desproporcion de medios; debia mirarse con tan poca esperanza como las anteriores. S. M. el emperador hizo quanto pudo para mediar entre ambas partes y disipar así la tormenta. No habia prevision humana que pudiese alcanzar entonees, que el frustrarse esta amistosa intervencion seria mas perjudicial al emperador Napoleon que á sus contrarios; pero así fue decretado por la Divina Providencia.

Al ver que las hostilidades eran ya inevitables, S. M. se vio obligado á recurrir á medidas, que en tan peligrosa y extraña coyuntura, pudieran combinar su propia seguridad con el debido miramiento á los verdaderos intereses de los estados vecinos. El systema de inaccion armada, única neutralidad que el emperador Napoleon admitiria, segun tenia declarado, era inadmisibile segun todas las maximas de la buena politica, y se hubiera reducido al fin á un vano esfuerzo para evitar la lucha que amenazaba. Una potencia tan importante como Austria no podia renunciar á toda participacion en los intereses de Europa, ni ponerse en tal situacion, que siendo tan nula en guerra como en paz perdiere todo influxo y voto en las negociaciones, sin que por esto adquiriese ninguna garantia para sus fronteras. Prepararse para hacer guerra á la Francia hubiera sido en semejantes circunstancias tan opuesto á la equidad como á la prudencia. El emperador Napoleon no habia dado á S. M. motivos personales para hacerle guerra; y la perspectiva de lograr muchos y buenos y resultados por medio de las relaciones de amistad que le autorizaban á emplear representaciones confidenciales, y consejos conciliatorios; no podia abandonarse aún como desesperada. Respecto á los intereses inmediatos del estado, semejante revolucion hubiera inevitablemente tenido la resulta de que el territorio Austriaco hubiera sido el primero y principal teatro de la guerra, lo qual, en el estado que nadie ignora de su falta de medios de defensa, habria causado en breve la completa ruina de la monarquia.

En circunstancias tan sensibles S. M. no tenia otro recurso que el de tomar las armas por Francia. Tomar las armas por Francia, en el verdadero sentido de la expresion hubiera sido contra los deberes y principios del emperador, igualmente que contra las repetidas declaraciones de su gabinete, que expresamente habia desaprobado esta guerra. Al firmar el tra-

tado de 12 de Marzo 1812, S. M. procedió sobre dos principios: el primero, como se ve por los terminos del tratado, no dexar por probar medio alguno que tarde ó temprano pudiese conducir á una paz: el segundo, situarse exterior é interiormente de tal manera que, si la paz era imposible, ó si los acontecimientos de la guerra le obligaban á tomar medidas decisivas, pudiese Austria obrar con independencia, y en qualquiera de los dos casos, tomar las medidas que dictase una sábia política. Procediendo baxo este principio solo una pequeña parte del ejército fue destinada á cooperar en la guerra; los demas recursos militares que entonces estaban pronti, ó que se habian de preparar, se dexaron ociosos. Por una especie de convenio tácito entre los beligerantes, el territorio Austriaco fue tratado como neutral. Qual era el verdadero objeto y las miras, del systema adoptado por S. M. no podia ocultarsele á la Francia, á la Rusia, ni á ningún observador advertido.

La campaña de 1812 presentó un memorable exemplo de como se puede frustrar una empresa sostenida por el poder mas colosal y dirigida por un capitán del primer rango, quando confiado en sus talentos militares desprecia el dictamen de la prudencia, y sale de los límites de la naturaleza. Una ilusion de gloria llevo al emperador Napoleon al centro del imperio Ruso, y un falso cálculo político le hizo imaginar que podria dictar la paz en Moscow, inhabilitar á Rusia para medio siglo, y volverse victorioso. Quando la constancia magnanima del emperador de Rusia, los gloriosos esfuerzos de sus guerreros, y la inviolable fidelidad de su pueblo puso fin á esta ilusion; era ya muy tarde para escapar con un mero arrepentimiento. El ejército Frances se vio disperso y destruido; y en menos de quatro meses vimos trasladado el teatro de la guerra desde el Dnieper y el Dwina al Oder y al Elba.

Esta rápida y extraordinaria mudanza de fortuna, fue anuncio de una importante revolucion en las relaciones políticas de Europa. La confederacion de Rusia, la Gran Bretaña y Suecia, presentaron un punto de reunion á todos los estados vecinos. Prusia, que segun era voz general habia mucho tiempo que estaba determinada á arriesgarlo todo, y á preferir el peligro de una completa y pronta destruccion política, al prolongado sufrir de una opresion continua; abrazó ésta ocasion y se arrojó en los brazos de los aliados. Muchos principes, grandes y pequeños, de Alemania se hallaban pronti á hacer lo mismo. En todas partes, los ardientes deseos

del pueblo se anticipaban á los pasos regulares de sus gobiernos. Su ansia de vivir independientes, y baxo sus propias leyes, el resentimiento de su honor nacional injuriado, y el odio de un dominio extranjero rompieron en un brillante fuego por todas partes.

S. M. el emperador, demasiado avisado para no ver que esta mudanza era efecto natural y necesario de una violenta convulsion politica, antecedente; y demasiado justo para mirarla con enojo; solo aspiraba á asegurar los intereses reales y permanentes de la asociacion politica de Europa, por medio de profundos y bien digeridos planes. Ya á principios de Diciembre, se habian dado pasos considerables por parte del gabinete Austriaco, para disponer al emperador Napoleon á una quieta y pacífica politica sobre bases que eran igualmente del interes del mundo y del suyo. Repitieronse de tiempo en tiempo estos pasos. Habia esperanzas de que la impresion de la campaña del año pasado, la memoria del esteril sacrificio de un inmenso ejército, las duras medidas de todas clases á que sería menester recurrir en Francia para reponer estas pérdidas, la repugnancia de aquella nacion y las que le estan reunidas, á una guerra que sin ningun prospecto de indemnificacion, está consumiendo y arruinando sus fuerzas; ultimamente, que una reflexion tranquila sobre el dudoso exito de esta tremenda crisis; moveria al emperador á dar oidos á las representaciones del Austria. El tono de estas representaciones era sumamente acomodado á las circunstancias del tiempo—serio como lo requeria la grandeza del objeto, y moderado como correspondia al deseo de su logro, y á las relaciones amistosas que mediaban.

Que proposiciones nacidas de tan puros motivos hubiesen de ser rechazadas absolutamente, era cosa que no podia preverse. Pero el modo en que fueron recibidas, y el notable contraste que presentaron los sentimientos de Austria con la conducta del emperador Napoleon hasta el punto en que se verificaron estos ineficaces esfuerzos en favor de una paz; destruyó bien pronto toda vislumbre de esperanza. En vez de procurar animar respecto á lo porvenir, con un language moderado, y tratar de contener la desesperacion general; se declaró en todas ocasiones ante las primeras autoridades de Francia, y del modo mas solemne, que el emperador no escucharia ninguna propuesta de paz que violase la integridad del imperio Frances (en el sentido Frances de la expresion) ó que reclamase ninguna de las provincias arbitrariamente incorporadas con Francia.

Al mismo tiempo se habló de ciertas condiciones eventuales, que ninguna relacion parecian tener con esta caprichosa linea de demarcacion, y esto se hizo unas veces en terminos de tanta indignacion, y otras, de tan amargo desprecio, que parecia que no se hallaban palabras bastante claras para expresar la determinacion del emperador Napoleon, *de no hacer un solo sacrificio nominal al reposo del mundo.*

Estas demostraciones hostiles causaban al Austria la mortificacion de que las demas Córtes viesen en muy mala luz las propuestas de paz que este gabinete les hacia, á sabiendas, y con el aparente consentimiento de Francia. Los soberanos aliados contra Francia, en vez de responder á las propuestas de negociacion que Austria les hacia, le ponian delante las públicas declaraciones del emperador de los Franceses; y quando en el mes de Marzo, mandó S. M. un ministro á Londres, para convidar á Inglaterra á tomar parte en las negociaciones de paz; el ministro Britanico respondió "que no creerian que Austria tenia esperanzas de paz, quando el emperador Napoleon habia, al mismo tiempo, manifestado sentimientos que solo podian perpetuar la guerra:" declaracion que era tanto mas sensible para S. M. quanto era mas justa y bien fundada.

Mas, ni por eso desistio Austria de representar al emperador de Francia, la necesidad de la paz, del modo mas claro y decidido; fundandose siempre en el principio de que supuesto que todo el equilibrio y systema del poder se habia destruido en Europa por la ilimitada superioridad de Francia; no podia esperarse ninguna paz sólida hasta que esta superioridad se disminuyese. Entretanto S. M. tomaba todas las medidas convenientes para reforzar y concentrar sus exercitos, persuadido de que Austria debia estar preparada para la guerra, si su mediacion no habia de ser enteramente vana. S. M. imperial habia estado tiempo ha persuadido de que el tomar parte en la guerra no podia ya continuar fuera de sus cálculos. El actual estado de las cosas no podia seguir: de esto se halla persuadido el emperador: esta persuasion era el primer móvil de su conducta, y tanto mas quanto sus tentativas de lograr la paz salian mas vanas. El resultado estaba claro. De un modo ú otro, ya por negociacion ya por fuerza de armas, era indispensable que se estableciese un nuevo orden de cosas.

El emperador Napoleon no solo sabia que Austria hacia preparaciones, sino que las reconocio por necesarias, y las justificó mas de una vez. Tenia bastantes motivos para creer

que S. M. el emperador, en época tan decisiva para todo el mundo, se olvidaria de todo sentimiento personal y efímero; miraría solo á la felicidad del Austria, y de los payses que la rodean, y no resolvería nada sino lo que éste gran motivo le impusiese por deber. El gabinete Austriaco no se había expresado jamas en terminos que pudiesen interpretarse de otro modo; y no obstante, Francia no solo reconoció que la mediacion Austriaca debía ser armada, sino que declaró, mas de una vez, que el Austria, en las circunstancias actuales, no debía limitarse por mas tiempo á hacer un papel secundario; sino presentarse con fuerza en el teatro, y decidir como una potencia grande é independiente. Ora fuese temor, ora esperanza respecto del Austria lo que hacía hablar así; este reconocimiento era una justificacion previa de las medidas hasta aqui intentadas, y ahora adoptadas por S. M. imperial.

En este punto estaban las cosas quando el emperador Napoleon dexó á Paris para oponerse á los progresos de los exércitos aliados. Aun los enemigos de los Rusos y Prusianos han hecho justicia al valor de estas tropas en las sangrientas acciones del mes de Mayo. El que los resultados de este primer periodo de la campaña no les fuesen mas favorables, se debió en parte á la gran superioridad númerica de las fuerzas Francesas y á los talentos militares que todo el mundo reconoce en su gefe; y parte á las combinaciones politicas que dirigieron á los soberanos aliados en todas sus empresas. Procedían baxo la justa suposicion de que la defensa de una causa como la en que estan empeñados, no podia limitarse á ellos solos, y que tarde ó temprano, desgraciados que fuesen ó felices, todo estado que conservase una sombra de independencia debería reunirseles, todo exército independiente debería ponerse de su lado. No dexaron, por tanto, tomar vuelo al valor de sus tropas mas alla de lo que el momento presente exigia, reservando considerable parte de sus fuerzas, para la ocasion en que con medios mas extensos pudieran aspirar á objetos mas grandes. Por la misma razon, y para dar tiempo á las cosas, consintieron en el armisticio.

Entretanto la retirada de los aliados habia dado en aquel momento tal aspecto á la guerra, que cada dia crecia respecto de ella el interes del emperador, á causa de la imposibilidad en que se hallaba de mantenerse pasivo espectador si ella seguia. La suerte de la monarquia Prusiana era un punto que fixaba muy particularmente la atencion de S. M. porque estaba persuadido que el restablecimiento de aquel reyno debía ser

el primer paso para el de todo el *systema politico* de Europa, y via que el riesgo en que ahora estaba Prusia, le comprehendía no menos que á ella. Ya en el mes de Abril habia el emperador Napoleon insinuado al gabinete Austriaco, que consideraba la disolucion de la monarquia Prusiana como una consecuencia natural de su desercion de la Francia, y de la continuacion de la guerra, y que en manos del Austria estaba el agregarse las mas importantes y florecientes de sus provincias; insinuacion que manifestaba bien claro que no se podia ya excusar medio alguno de salvar aquella potencia. Si esto no se lograba por una justa paz, era necesario sostener á Rusia y Prusia con una cooperacion poderosa. Procediendo sobre estos principios, sobre los cuales la Francia misma no podra engañarse mas tiempo, S. M. continuó sus preparativos con incansable actividad. A principios de Julio dexó su residencia, y se dirigió á las cercanias de la escena de accion, para trabajar mas eficazmente en la negociacion de la paz, que aun era el objeto de sus mas ardientes deseos; y parte, tambien, para poder activar mejor los preparativos de guerra, si via que no le quedaba otro arbitrio.

Poco tiempo antes, el emperador Napoleon habia declarado "que habia propuesto un congreso, que se celebrase en Praga, y al qual concurriesen plenipotenciarios de Francia, de los Estados Unidos de la America Septentrional, de Dinamarca, del rey de España, y de los demas principes aliados, por una parte; y por la otra plenipotenciarios de Inglaterra, Rusia, Prusia, los insurgentes Españoles y los demas aliados de esta masa hostil; para echar los cimientos de una paz duradera." A quien se dirigia ésta propuesta, en que modo, en que forma diplomática, y por mano de quien; lo ignoraba el gabinete Austriaco absolutamente, que no tuvo mas noticia de esto que la que le dieron los papeles públicos. Cómo podia quaxarse semejante proyecto—cómo podia fundarse una negociacion de paz en la combinacion de elementos desemejantes, sin ningun principio general reconocido, sin ningun plan previamente arreglado; era tan incomprensible que podia muy bien mirarse el todo de la propuesta, mas como un juguete de imaginacion, que como una invitacion seria á una gran medida política.

Conociendo Austria todos los obstáculos que se oponen á una paz general; ha tiempo que discurre que acaso, el medio de conseguir objeto tan distante y difícil, es acercarse á él por pasos contados; y de este modo se ha explicado con Francia, y con Rusia y Prusia sobre el punto de una paz con-

tinental. No se imagine, empero, que Austria haya dudado ni por un momento la necesidad é importancia de una paz general entre todas las grandes potencias de Europa, sin la qual no hay esperanzas de seguridad ni dicha: ni tampoco haya imaginado que el continente puede existir á no creerse invariablemente en él que la separacion de Inglaterra es uno de los mayores males posibles. La negociacion que Austria propuso, despues que la alarmente declaracion de Francia habia casi destruido toda esperanza de que Inglaterra cooperase al logro de una paz general; era una parte esencial de la gran negociacion que se acercaba para lograr un congreso general y efectivo que ajustase la paz. Se pensaba por via de preparacion extender los artículos preliminares del futuro tratado, y con un largo armisticio continental allanar el camino para un arreglo mas extenso y duradero. Si hubieran sido otras las miras de Austria, no le hubieran dado oídos Rusia ni Prusia que tan intimamente ligadas estan con Inglaterra.

Luego que las cortes de Rusia y Prusia animadas de una confianza en S. M. que no puede menos que serle muy lisonjera, declararon que estaban prontas á la celebracion del congreso baxo la mediacion de Austria; fue necesario obtener el formal consentimiento del emperador Napoleon, y determinar baxo qué principios se habia de emprender la negociacion de paz. Con este objeto resolvió S. M. á fines de Junio, enviar su ministro de negocios extrangeros á Dresden. El resultado de esta mision fue un convenio firmado el 30 de Junio, en que se aceptaba la mediacion de S. M. imperial en la negociacion de una paz general, y si esta era inasequible, en la de una paz preliminar del continente. La ciudad de Praga fue designada para la celebracion del congreso y el 5 de Julio para su apertura. Para tener tiempo suficiente para la negociacion, se determinó en el mismo convenio que el emperador Napoleon no intimase hasta el 10 de Agosto la cesacion del armisticio que existia entre él y Rusia, y debía acabar el dia 20 de Julio; y S. M. el emperador se hizo cargo de obtener igual declaracion de las cortes de Rusia y Prusia.

Diose parte á las dos cortes de lo que se habia determinado en Dresden. Aunque la continuacion del armisticio tenia para ambas muchos inconvenientes; el deseo de dar á S. M. imperial otra prueba de su confianza, y al mismo tiempo convencer al mundo de que no desechaban ningun prospecto de paz por limitado que fuese, y que no se negarian á ninguna tentativa que pudiese conducir á este objeto; superó á todas las demas consideraciones. La unica mudanza que se hizo en el convenio de 30 de Junio, fue que, supuesto que

Septiembre, 1813. — PARTE II.

R

el arreglo final no podia hacerse tan pronto, se difiriese la apertura del congreso hasta el 12 de Julio.

Entretanto S. M. que no queria aún abandonar la idea de poner fin con una paz general á los males de la humanidad, y á las convulsiones del mundo politico; se resolvió á probar de nuevo lo que podia lograr con el gobierno Británico. El emperador Napoleon no solo recibió la propuesta con aparente aprobacion, sino que se ofreció voluntariamente á facilitar el proyecto, concediendo paso por Francia á los comisionados. Pero quando se iba ya á llevar á efecto, se hallaron dificultades inesperadas: los pasaportes se retardaban de un dia para otro baxo pretextos friyolos, y al cabo vinieron á negarse re-dondamente. Este proceder dio motivo á dudar de nuevo la sinceridad de las protexas que el emperador Napoleon habia hecho, publicamente y no una vez sola, de sus deseos de paz; aunque varias de sus expresiones, en aquella epoca, daban á entender que una paz marítima era el objeto de sus mas vivas ansias.

En este intermedio S. S. M. M. el emperador de Rusia y el rey de Prusia habian nombrado sus plenipotenciarios para el congreso, y dádoles instrucciones muy decididas. El dia 12 de Julio llegaron ambos á Praga, igualmente que el ministro de S. M. encargado de la mediacion.

Las negociaciones no debian pasar del 10 de Agosto á no ser que tomasen un aspecto tal que diesen fundada esperanza de un resultado favorable. El armisticio se habia prolongado hasta aquel dia, por la mediacion de Austria: la situacion politica y militar de los soberanos aliados, las circunstancias de los payses que ocupaban y su vehemente deseo de poner fin á un periodo de fatigosa incertidumbre; impidieron que el armisticio se prolongase de nuevo. El emperador Napoleon sabia muy bien todo esto, no ignoraba que las negociaciones debian acabar con el armisticio, y no podia ocultarse á sí mismo cuánto podian contribuir sus determinaciones á un pronto y feliz resultado de las negociaciones pendientes.

Con el mas vivo sentimiento vio S. M. bien pronto que la Francia no trataba seriamente de apresurar esta grande obra, antes por el contrario parecia que de proposito buscaba todo quanto podia frustrar el intento. Hallabase en el lugar del congreso un ministro Frances; pero no tenia órdenes para proceder á nada hasta que se presentase el primer plenipotenciario.

En vano se esperaba á este plenipotenciario de dia en dia. El 21 de Julio, se ofreció una dificultad entre los comisionados Franceses y los Rusos y Prusianos sobre la renovacion del armisticio (dificultad de muy poca importancia, de ningun influxo sobre el congreso, y que pudiera haberse desecho fa-

cilmente por la intervencion de Austria) y esta fue la primera vez en que valiéndose de este pretexto, se dieron por entendidos de tan extraordinaria tardanza. Deshizose esta dificultad; mas no por eso se presentó ni un plenipotenciario Frances hasta el 28 de Julio, diez y seis dias despues de el señalado para la apertura del congreso.

Muy luego despues de la llegada de este ministro, se vio claramente en lo que vendria á parar el congreso. La forma en que los plenos poderes se habian de dar, y en que se habian de hacer las mutuas explicaciones, (puntos que ya se habian tratado por todos los interesados) dio motivo á una discusion que hizo inutil todo empeño de la potencia medianera. La visible insuficiencia de los poderes dados al negociador Frances, causó un silencio de muchos dias. Mantuvose callado este ministro hasta el dia 6 en que presentó una declaracion que ni deshacia las dificultades ni adelantaba la negociacion un paso. Pasose el tiempo en un inutil cange de notas, hasta que llegó el 10 de Agosto. Los negociadores Prusiano y Ruso no podian pasar de este término: el congreso estaba concluido, y lo que Austria debia hacer en este caso estaba ya decidido por los pasos de esta negociacion — por la evidencia de que la paz era imposible — por el clarísimo aspecto en que S. M. vio la gran question pendiente — por los principios é intenciones de los aliados en que S. M. reconoció los suyos propios — y ultimamente, por la terminante declaracion anterior que no dexa lugar á dudas.

Al verse asi obligado á entrar en accion, el emperador no tiene otro consuelo á la pena que esto le causa, que la certeza de no haberlo hecho hasta haber empleados quantos medios habia de evitarlo. Tres años ha gastado S. M. en el esteril empeño de lograr, por medios conciliatorios, una paz real y duradera para el Austria y la Europa. Todo esto ha sido en vano; y ya no queda otro recurso que las armas. El emperador ageno de todo encono personal las empuña solo por una dura necesidad, por un deber irresistible, y por razones que todo leal vasallo de estos reynos, el mundo entero, y aun el mismo emperador Napoleon, en un momento de tranquilidad y razon, reconoceran por justas. La necesidad de esta guerra está grabada en el corazon de todo Austriaco, de todo Europeo, sea de la nacion que fuere, en caracteres tan claros que no se necesita arte alguno para leerlos. La nacion y el ejército haran su deber. Una union que es hija de la necesidad comun, y del mutuo interes de todas las potencias que pelean por su independecia, dara eficacia á nuestros esfuerzos, y el resultado será tal, con el favor del cielo que llene las esperanzas de los amantes de la paz, y del orden.

DESPACHOS DE LORD WELLINGTON.

Extracto de un Despacho de Lord Wellington, fecho en Lezaca, á 25 de Agosto, 1813.

No se ha hecho ningun movimiento de importancia ni por el enemigo ni por los aliados desde mi ultimo despacho. He recibido partes del teniente-general lord William Bentinck hasta el 19 del corriente de los quales tengo el honor de incluir copias y extractos; por ellos se ve que el mariscal Suchet reunio las tropas de su mando en Villa Franca el dia 10, hasta el número de 25 á 30,000 hombres; y lord William Bentinck reunio tambien las que tenia á su alcance, en una posicion sobre el rio Gaya, habiendo suspendido todas las operaciones del sitio de Tarragona. Su señoria, no obstante, no estaba satisfecho con su posicion, por no poderla ocupar en suficiente fuerza, á causa de no habersele reunido todas las tropas que esperaba, y estar así expuesto á ser rodeado por ambos flancos. Por tanto se retiró, sin pérdida, sobre Cambrills, á proporcion que el mariscal Suchet avanzaba, dexando descubierta á Tarragona, cuya plaza abandonaron y volaron los Franceses; y el mariscal Suchet se ha retirado otra vez á Barcelona. Permitame V.S. llamar su atencion muy particularmente al incluso parte del coronel lord Frederick Bentinck, sobre la conducta de un destacamento de los húsares de Brunswick, en un encuentro con el enemigo el dia 15. Yo apruebo enteramente la retirada de lord William Bentinck, á causa de que no habia podido reunir todas sus tropas, y no se hallaba con bastante fuerza para mantener una accion general con el enemigo.

Toma de San Sebastian.

Lezaca, Septiembre 2, 1813.

Mylor.—El dia 26 de Agosto se abrio el fuego contra el fuerte de San Sebastian, dirigiendolo contra los torreones que flanqueaban la cortina al Oriente, contra el semibastion al Mediodia del ángulo oriental, y contra la terminacion de la cortina del lado meridional.

El teniente-general sir Thomas Graham habia mandado formar un establecimiento en la isla de Santa Clara, que se executó el 26 en la noche, y el destacamento del enemigo que estaba allí fue hecho prisionero. El capitan Cameron, del 9º mandó el destacamento que practicó esta operacion, y sir Thomas Graham aplaude mucho su conducta, igualmente que la del capitan Henderson de los ingenieros reales.

La conducta del teniente honorable James Arbuthnot, de la real armada, que mandaba los botes, fue muy meritoria, como tambien la del teniente Bell de los marinos reales.

Estando hecho el día 30 de Agosto quanto se creyó practicable, á fin de facilitar el aproche á las brechas que se habían hecho antes en la muralla del pueblo, y habiendose efectuado otra brecha en la terminacion de la cortina; se asaltó la plaza el día 31 á las 11 de la mañana, y fue tomada. La pérdida por nuestra parte ha sido severa. El teniente-general sir James Leith, que había llegado al ejército solo dos dias antes, y los mayores-generales Oswald y Robinson, fueron, por desgracia, heridos en la brecha; y el coronel sir Richard Fletcher, de los ingenieros reales, fue muerto por una bala de fusil á la boca de las trincheras. En este oficial, y en el teniente-coronel Crawford, del regimiento 9º, su magestad ha tenido una seria pérdida.

Tengo el honor de incluir la relacion que hace sir Thomas Graham de esta operacion en la qual V. S. verá con placer, otro exemplo del valor y constancia de los oficiales y tropas de S. M. en medio de las mayores dificultades.

Todos los informes concurren en alabar la conducta de un destacamento de la 10ª brigada Portuguesa, al mando del mayor Snodgrass, que atravesó el Rio Urumea, y asaltó la brecha de la derecha, baxó todo el fuego que les dirigieron desde el castillo y la plaza.

La guarnicion se retiró al castillo, dexando sobre doscientos y setenta prisioneros en nuestras manos; y espero tener pronto el gusto de informar á V. S. de que estamos en posesion aquel puesto.

Luego que se volvió á empezar el fuego contra San Sebastian, el enemigo traxo la mayor parte de su fuerza al Campo de Uroge, y todo hacía creer que tratarian de hacer una tentativa para socorrer la plaza.

Tres divisiones del 4º ejército Español mandado por el general don Manuel Freyre, ocupaban los altos de San Marcial y el pueblo de Irun, con lo qual el aproche á San Sebastian por el camino real estaba cubierto y protegido. Estas tropas estaban sostenidas por la 1ª division de infanteria Britanica, al mando mayor-general Howard, y por la brigada del mayor-general lord Aylmer, á su izquierda y detras de Irun; y por la division del general Longa, acampada cerca de la Sierra de Ayo, á retaguardia de su derecha. Para asegurarlos mas, moví dos brigadas de la 4ª division, el día 30, al Convento de San Antonio, una de las quales (la del general Ross) al mando del teniente-general el honorable sir Lowry Cole, se adelantó aquel mismo dia á la Sierra de Aya, y la otra, el día 31 por la mañana, dexando á la 9ª brigada Portuguesa en los altos que estan entre el Convento y Vera, y Lezaca.

La brigada del mayor-general Inglis de la 7ª division se movio el día 30 al puente de Lezaca; y di órden de que las tropas que estaban en los Puertos de Echalar, Zugarramurdi

y Maya atacasen á los puestos debilitados que tenia el enemigo al frente de estas posiciones.

El enemigo atravesó el Bidasoa por los vados que estan entre Andara y el puente destruido en el camino real, antes de amanecer el dia 31, con una muy grande fuerza, con la qual hizo un desesperado ataque á lo largo de todo el frente de la posicion de las tropas Españolas en los altos de San Marcial. Los Franceses fueron rechazados, y algunos hasta el otro lado del rio, del modo mas gallardo por las tropas Españolas cuya conducta no cedio á la de ningunas de quantas he visto empeñadas: y habiendose renovado frequentemente el ataque, fue siempre rechazado con igual gallardia y determinacion. A causa de que el rio corre inmediato á los altos de la parte de Francia en que el enemigo habia colocado un número considerable de cañones, pudo echar un puente á cosa de tres quattros de milla mas arriba del camino real, por el qual, á la tarde, pasaron un cuerpo considerable, con el qual y los que habian pasado los vados, hicieron otro ataque desesperado contra las posiciones Españolas. Este fue igualmente rechazado, hasta que viendo que todos los esfuerzos eran inutilles por aquel lado, el enemigo se valio de la oscuridad de una fuerte tormenta para retirar del frente todas sus tropas.

No obstante que como he dicho á V. S. tenia una division Britanica á cada flanco del ejército Español, tengo el gusto de añadir que la conducta de este fue tan notablemente buena, y que aquellas tropas se mostraron tan capaces de defender su puesto sin auxilio, á pesar de los desesperados esfuerzos del enemigo por desalojarlas, que hallando que el terreno no me permitia hacer uso de la 1^a y 4^a division sobre los flancos del cuerpo enemigo que atacaba, ninguna de ellas se empeñó en la accion lo mas mínimo.

Casi al mismo tiempo que el enemigo atravesó el Bidasoa al frente de los altos de San Marcial, pasó tambien dicho rio con cosa de tres divisiones de infanteria, en dos columnas, por los vados que estan mas abaxo de Salin, al frente de la posicion ocupada por la 9^a brigada Portuguesa.

Mandé al mayor-general Inglis què sostuviese esta brigada con la parte que tiene á su mando de la 7^a division; y al punto que supe la direccion del ataque del enemigo, mandé al teniente-general el conde de Dalhousie á pedirle que se moviese tambien hácia el Bidasoa, con la 7^a division; y á la division ligera, que sostuviese al mayor-general Inglis de quantos modos pudiera. El mayor-general Inglis halló imposible el mantener los altos entre Lezaca y el Bidasoa, y se replegó á los del frente del Convento de San Antonio, donde se mantuvo.

Entretanto el mayor-general Kempt movio una brigada de la division Ligera á Lezaca, con lo qual contuvo al enemigo, y cubrio la marcha del conde de Dalhousie para unirse al mayor-general Inglis.

Pero el enemigo habiendole salido enteramente fallida la empresa de tomar la posicion Española en los altos de San Marcial, y hallando que el mayor-general Inglis habia tomado una posicion de donde no podia desalojarlo, al mismo tiempo que en ella protegía y cubria la derecha del ejército Español, y los aproches de San Sebastian por Oyarzun; y que su situacion en la izquierda del Bidasoa se iba haciendo, cada momento, mas crítica; se retiró durante la noche.

La lluvia de la tarde y la noche habia hinchado de tal modo al Bidasoa, que la retaguardia de su columna tuvo que atravesarlo por el puente de Vera. Para lograrlo atacaron los puestos de la brigada del mayor-general Skerrit de la division ligera, á eso de las tres de la mañana, tanto desde el Puerto de Vera como de la izquierda del Bidasoa. Aunque la naturaleza del terreno hacía que fuese imposible el impedir completamente el paso del puente despues de amanecido, lo hicieron baxo el fuego de una gran parte de la brigada del mayor-general Skerrit, y la pérdida del enemigo en esta operacion debe haber sido muy considerable.

En tanto que esto pasaba en la izquierda del ejército, el mariscal de campo don Pedro Giron atacó los puestos enemigos al frente del paso de Echalar, en los dias 30 y 31. El teniente-general conde de Dalhousie hizo que el general Le Cor atacase los del frente de Zugarramurdi, con la 6^a brigada Portuguesa, el dia 31 y el honorable mayor-general Colville, hizo que el coronel Douglas atacase los puestos enemigos al frente del paso de Maya, el mismo dia con la 7^a brigada Portuguesa. Todas estas tropas se portaron bien.

El ataque hecho por el conde de Dalhousie retardó su marcha hasta tarde despues del mediodia del 31; pero al anoecer se hallaba en una posicion favorable para seguir á su destino adonde llegó el dia 1^o por la mañana.

En estas operaciones en que la segunda tentativa del enemigo á impedir el establecimiento de los aliados en las fronteras, se ha rechazado por las operaciones de una sola parte del ejército aliado, al tiempo mismo que la plaza de San Sebastian fue tomada por asalto; he tenido gran satisfaccion en notar el zelo y habilidad de los oficiales, y el valor y disciplina de los soldados.

Las varias relaciones que he remitido á V. S. del teniente-general sir Thomas Graham, habran mostrado la habilidad y perseverancia con que ha conducido la árdua empresa encomendada á su direccion y zelo, y los esfuerzos de todos los oficiales empleados á sus ordenes.

Convengo enteramente en la relacion que hace el dicho teniente-general de la cordial asistencia que ha recibido de el capitán sir George Collier, y de los oficiales, marineros, y tropas de marina de su mando, quienes han hecho quanto estuvo en su mano para facilitar y asegurar el feliz exito. Los marineros han servido con la artilleria en las baterias, y en

todas ocasiones han manifestado el espíritu que es tan característico de la marina Inglesa.

No puedo suficientemente aplaudir la conducta del mariscal de campo don Manuel Freyre, comandante en jefe del 4.º ejército Español, que al paso que tomó todas las disposiciones convenientes respecto de las tropas de su mando, dio un exemplo de valor que seguido por los oficiales generales, jefes y demas oficiales de los regimientos, aseguró el éxito del día. En su parte, con el qual convengo, el general manifiesta la dificultad de entresacar hechos particulares de valor quando todos se han portado tan bien; pero hace especial mencion del general Mendizabal, que ofreció voluntariamente sus servicios, y mandó en el alto de San Marcial; al mariscal de campo Losado, que mandó en el centro, y fue herido: al mariscal de campo don José García de Paredes, comandante de la artillería: á los brigadieres don Juan Diaz Porlier, don José Maria Espoleta, don Estanislao Sanchez Salvador; al jefe del estado mayor del 4.º ejército don Antonio Roselly; y á los coroneles fuentes Pita, comandante de ingenieros, don Juan Loarte, del regimiento de la constitucion y don Juan Ilarte Mendia.

El mayor-general Inglis y los regimientos de su brigada de la 7.ª division, se portaron notablemente bien. El regimiento 51.º, al mando del coronel Mitchell, y el 68 al del teniente-coronel Hawkins cubrieron la mudanza de posicion que hicieron las tropas desde los altos de entre el Bidasoa y Lezaca, á los de San Antonio; y estos cuerpos se distinguieron.

Durante estas operaciones he recibido la mas puntual asistencia de el ayudante-general mayor-general Pakenham, del quartel-maestre-general mayor-general Murray, y de todos los oficiales de la plana mayor, y de mi séquito.

Envio este despacho con el mayor Hare, asistente-ayudante-general en este ejército, y agregado á sir Thomas Graham, á quien pido me permita V. S. recomendar á su proteccion.

Tengo el honor, &c.

WELLINGTON.

Extracto del parte de Sir Thomas Graham, fecha 1 de Septiembre.

En consecuencia de ordenes de lord Wellington se asaltó la brechia, que se extendia á la izquierda de modo que abrazaba el torreón mas saliente, el fin y frente de la cortina que estaba inmediata al bastion izquierdo, y las caras del bastion. —Formada la columna de ataque, sir Thomas Graham pasó el Urumea y se situó en las baterías del ataque derecho de donde podia verlo todo distintamente, y dar órdenes para el fuego de las baterías segun las circunstancias.

“ Al desfilar por la derecha al lado afuera de las trincheras, la columna se expuso, como antes, á un violento fuego de granadas y metralla; y rebentó una mina en el angulo

izquierdo de la contraescarpa del Ornabeque, que hizo mucho daño; pero no contuvo el ardor de las tropas que se avanzaban al ataque. La brecha era engañosa en extremo en su apariencia: y no se pueden entender las dificultades casi insuperables que en sí tenía, sin el auxilio de alguna descripción. No obstante su grande extension, no tenía mas que un punto por donde podía entrarse y eso en filas sencillas. Todo lo interior de la muralla á la derecha de la cortina formaba una escarpa perpendicular á lo menos de 20 pies, hasta el piso de las calles; de modo que el estrecho lomo de la misma cortina, formado por la brecha de su extremidad y frente, era el unico punto accesible. Durante la suspension de las operaciones del sitio, por falta de municion; el enemigo habia preparado quantos medios de defensa pudo discurrir, de modo que tenía un gran número de hombres cubiertos por atrincheramientos y traversas, en el Ornabeque, sobre los baluartes de la cortina, y dentro de la plaza delante de la brecha, y prontos á hácer un fuego destructivo de fusileria sobre los dos flancos del aproche á lo mas alto del estrecho lomo de la cortina."

"Quanto el mas determinado valor puede hacer otro tanto se intentó en vano varias veces por nuestras tropas, que salian sucesivamente de las trincheras. Nadie sobrevivía á la tentativa de montar el lomo de la brecha, y aunque el declive defendía á las tropas del fuego de la fusileria, la especie de cascajo y fragmentos que la cubria impedía á los ingenieros y trabajadores el formar un alojamiento para las tropas que estaban expuestas á las granadas y metralla de las baterias del Castillo, como fue mandado en obediencia á las instrucciones de V. S.: de todos modos, nunca se podría haber obtenido un alojamiento seguro sin ocupar parte de la cortina."

"En esta situacion casi desesperada del ataque, habiendo consultado con el coronel Dickson, comandante de la real artilleria, me aventuré á mandar que se apuntasen los cañones á la cortina. Dirigióse á esta un violento fuego, pasando las balas á pocos pies sobre las cabezas de nuestras tropas que estaban en la brecha, y se mantuvo de este modo con una exactitud que no tiene exemplo. Entretanto acepté la oferta de una parte de la brigada Portuguesa del mayor-general Bradford, para vadear el rio cerca de su embocadura. El avance del 1º batallon, del regimiento 13º al mando del mayor Snodgrass, por la playa abierta, y al traves del rio, el de un destacamento del 24º al mando del teniente-coronel M^cBean, sosteniendolo, fue executado del modo mas gallardo, baxo un violento fuego de metralla. El mayor Snodgrass atacó, y ganó finalmente la pequeña brecha á la derecha de la grande, y el destacamento del teniente-coronel M^cBean ocupó la derecha de la gran brecha."

"Notando en esto el efecto del admirable fuego de las baterias contra la cortina, aunque el enemigo estaba muy cu-

bierto, se mandó hacer un gran esfuerzo para ganar el cerro á todo trance, al mismo tiempo que se hiciese una tentativa para tomar el Ornabeque."

"Tocóle á la 2ª brigada de la 5ª división, al mando del honorable Charles Greville, salir de las trincheras para este objeto, y el 3º batallón de los royal Scots, al mando del teniente-coronel Miles, llegó, por fortuna, á asaltar la brecha de la cortina, casi al tiempo que una explosion que se verificó en el terraplen de la cortina por el fuego de la artillería, causó alguna confusion entre el enemigo. El paso estrecho fue ganado y mantenido despues de un severo conflicto, y logrando á este tiempo las tropas de la derecha de la brecha, forzar las barricadas que estaban en lo alto penetraron en las casas adjacentes. Asi se logró, al cabo de dos horas de asalto, y en las circunstancias mas dificiles, hacer pie firme en la plaza."

"Ya era imposible contener la impetuosidad de las tropas, y en una hora el enemigo fue arrojado de todas las complicadas defensas preparadas en las calles, sufriendo una severa pérdida en su retirada al castillo, y dexando todo el pueblo en nuestra posesion."

*Extracto de un Despacho de Lord Wellington, fecho en
Lezaca á 10 de Septiembre.*

Construyose con gran dificultad una bateria en el Ornabeque, contra las obras del castillo de San Sebastian, y abrio el fuego el dia 8 del corriente por la mañana, y tengo el gusto de informar á V. S. que la guarnicion se rindio antes de la tarde. Incluyo la relacion de sir Thomas Graham y los articulos de la capitulacion que ha hecho la guarnicion, igualmente que los estados de artilleria y municion &c. que se ha hallado en la plaza. La pérdida de la guarnicion durante el sitio se dice ser de dos terceras partes de su número al empezarlo. Permitame V. S. llamar otra vez su atencion á la conducta del teniente-general sir Thomas Graham y de los oficiales generales y tropas de su mando, en la ardua operacion cuyo feliz exito relato á V. S. Segun la ordenanza dada ultimamente por el gobierno Frances, las dificultades de un sitio, y su duracion deben ser mucho mayores, y solo se puede concluir por asalto de la brecha del cuerpo de la plaza. El mérito del logro se aumenta á proporcion; y es de notar que las operaciones no han durado mas tiempo que el que generalmente se ha requerido para una que como ésta tenia tres lineas de defensa, incluyendo el convento de San Bartolome. Durante las operaciones contra el castillo, la marina se hizo cargo del ataque desde la isla de Santa Clara, lo qual molestó mucho al enemigo en su posicion del Castillo. El capitan sir George Collier y los oficiales, marineros y tropas de marina han continuado auxiliando al ejército de quantos modos han podido;

y el teniente-general sir Thomas Graham, hace particular mencion del capitan Bloye de la Lyra y del capitan Smith; y el teniente-coronel Dickson que manda la artilleria, ha manifestado lo mucho que debe al teniente O'Reilly, del navio de S. M. Surveillante, quien mandó á los marineros empleados en las baterias. Desde mi ultimo, el enemigo reunio sus tropas hácia la izquierda; pero ha vuelto á tomar sus antiguas posiciones desde la rendicion de San Sebastian. Por aviso del duque del Parque, se ve que al pasar, el tercer ejército Español el Ebro, ultimamente, por Amposta, despues que los aliados se retiraron de Tarragona, el enemigo hizo una salida de Tortosa, el dia 19 del pasado, á lo largo del Ebro, con cosa de 4,000 hombres, y atacó á la 3ª division del ejército. El duque del Parque destacó tropas desde la orilla derecha, al mando de don Francisco Ferraz, gefe del estado-mayor del ejército, y el enemigo fue rechazado inmediatamente con pérdida considerable. Se ve que las tropas se portaron muy bien, en esta ocasion, y el duque del Parque celebra altamente la conducta del gefe del estado-mayor.

Extracto de una Carta del Teniente-General Sir Thomas Graham al Marques de Wellington, fecha en Ernani á 9 de Septiembre.

Tengo la satisfaccion de participar á V. E. que el castillo de San Sebastian se ha rendido, y tengo el honor de incluir la capitulacion, que atendidas todas las circunstancias del caso, espero que V. E., creera justo haber concedido á una guarnicion que ciertamente ha hecho una muy gallarda defensa. Desde el asalto del 31 del pasado el fuego vertical de los morteros, &c., de la derecha del ataque, se mantuvo á tiempos contra el castillo causando al enemigo una pérdida muy grande: y ayer por la mañana, habiendose concluido una bateria de 17 cañones de á veintiquatro, en el Orna-beque, otra de 3 de á diez y ocho, mas á la izquierda (gracias á los extraordinarios esfuerzos de los oficiales de artilleria é ingenieros, auxiliados del infatigable zelo de todas las tropas) toda la artilleria, que subia á 54 piezas incluso dos cañones de á veintiquatro, y un obus en la isla, abrio el fuego á las 10 de la mañana contra el castillo, con tal efecto que antes de la una de la tarde puso el enemigo bandera parlamentaria en la bateria del Mirador; y despues de alguna discusion se convino á rendirse; dando con esto á V. E. otro gran resultado de la campaña en la adquisicion para los aliados, de este interesante punto sobre la costa y cerca de la frontera *

* La capitulacion se reduce á que la guarnicion marcharia con los honores de la guerra, y se entregaria prisionera.

EXTRACTOS Y BOLETINES SOBRE LA GUERRA
DEL NORTE.

En los despachos de sir Charles Stewart, ministro plenipotenciario de S. M. B., cerca del rey de Prusia, fechos en 26, 28, 29, y 31 de Agosto se da cuenta de los siguientes hechos.—El general Blucher avanzó el dia 20 sobre Buntzlau y Lowenberg. El enemigo abandonó á Buntzlau destruyendo las obras, y volando un almanen de pólvora. Blucher avanzó al Bober, adonde, el dia 21 fue atacado por Buonaparte con 110,000 hombres. Blucher despues de disputar el terreno con gran valor, se retiró detras de Katzbach, conforme á las instrucciones que tenia de evitar una accion general. Su pérdida del 21 fue cosa de 2,000 hombres, pero el enemigo tambien la tuvo muy grande. El grande ejército de Bohemia empezó á pasar las fronferas en los dias 20 y 21, los Rusos y Prusianos por Peterswalde, los Austriacos por Komotau. El ardor de las tropas por ir adelante, hizo que la derecha de los aliados, mandada por Wittgenstein, entrase en accion mas pronto de lo que se intentaba. El dia 22 se encontró, cerca de Berghisabel y Zehista con el cuerpo de St. Cyr, compuesto de 15,000 hombres, que estaban sostenidos por 6,000 de los campos de Koningstein y Liebenstein. Despues de una viva accion, los desalojó de todos puntos matando é hiriendo á un gran número, y tomando de tres á quatro cientos. La pérdida de los aliados no fue considerable. El enemigo se retiró en esto á sus campos atrincherados y á sus obras de alrededor de Dresden. El dia 26 los husares de Grodno, despues de un vivo encuentro, tomaron 4 cañones y un obus, junto á Dresden. La avanzada del ejército aliado se acampó aquella noche sobre los altos entre Nauslitz y Ischernitz. Dos regimientos Westphalianos de husares mandados por el coronel Hammerstein se pasaron á los aliados.—El 27 por la mañana el enemigo abandonó el Grossen Garten, despues de un ataque por los cuerpos ligeros de Wittgenstein y Kleist. A las quatro de la tarde, los aliados, baxo un tremendo cañoneo de unas baterias levantadas en círculo al rededor de la ciudad, avanzaron al asalto en varias columnas, los Rusos á la derecha, los Prusianos en el centro, y los Austriacos á la izquierda. Los Austriacos tomaron valerosamente un reducto avanzado que montaba ocho cañones; pero no lograndose hacer impresion en el grueso de la muralla, aunque al caer de la tarde se plantó la artilleria á cien pasos de ella; y habiendo el enemigo hecho una salida de 30,000 hombres para separar á los aliados y tomar á una de las alas por el flanco y retaguardia; se determinó retirar las tropas; lo qual, gracias á las admirables disposiciones tomadas por el principe Mauricio de Lichtenstein en el punto por donde salio el enemigo, se executó sin desorden. La pérdida en el ataque cayó principalmente sobre los Austriacos,

y se calcula en menos de 4,000 hombres. El día 28 por la mañana, Buonaparte, que había vuelto con la mayor precipitación á Dresden el día 22 y tenia allí 130,000 de todas fuerzas, salio á atacar á los aliados. A causa del mal tiempo, y la dificultad de traer allí sus provisiones, los aliados se hallaban en circunstancias desventajosas. Buonaparte desplegó un inmenso número de piezas de artillería: hubo un fuerte cañoneo y varias cargas de artillería; pero los cuerpos principales de infantería no llegaron á empeñarse. "Hacia el fin del día aconteció una catástrofe que causo mucha pena á todo el ejército aliado. Estando el general Moreau en conversacion tirada sobre las operaciones, con el emperador de Rusia, una bala de cañon le llevó ambas piernas, atravesando el caballo que montaba: pérdida no menos dolorosa á la buena causa que á la profesion de las armas. Es imposible no lamentar su suerte. Aun está vivo. El enemigo continuó sus esfuerzos contra la posicion de los aliados hasta que viendo que no podia hacer impresion en ella puso fin á la accion." La pérdida de los aliados se calcula de 6 á 7,000 hombres: la del enemigo es mayor. Los aliados empezaron su retirada el 28 en la tarde.

Accion del Paso de Osterwalde.

Una columna Rusa al mando del conde Ostermann que debía retirarse por el paso de Osterwalde halló al enemigo que había pasado el Elba por Pirna y Königstein en posesion del paso de las montañas y tuvieron que abrirse camino á punta de bayoneta. Despues de haber hecho esto con la mayor gallardía se mantuvieron en accion con el enemigo hasta la tarde: y habiendo sido reforzados por las reservas de las guardias Rusas, de caballeria é infanteria, (las primeras al mando de S. A., imperial el gran duque Constantino,) que habian sido enviadas rapidamente á su socorro; este cuerpo que seria como de 8,000 hombres, contuvo todo el día, á dos cuerpos y una division del ejército Frances al mando de los generales Vadamme y Bertrand, que subian á 30,000 hombres. La importancia del valor de estas tropas crece al considerar que á no haber mantenido su puesto, las columnas del ejército y la artillería que se retiraban por Altenberg, y que no podian adelantar mucho á causa de los malos caminos, hubieran corrido mucho riesgo. S. M. Prusiana estaba en Toplitz quando el enemigo hizo su rápido avance por Peterswalde, y dio las mas acertadas disposiciones para reforzar al conde Ostermann, y con su sangre fria y actividad personal, mantuvo el orden y regularidad en las tropas, que la idea sola de ser cortados es bastante á destruir. El conde Ostermann perdió un brazo al fin de la accion. La pérdida de sus tropas seria de 3,000 hombres *fuera de combate*. Los Franceses perderian doble numero. El cuerpo de Vandamme sufrio infinito. La caballeria de la guardia Rusa tomó, dos estandartes y de tres á quatro cientos prisioneros.

Victoria de Kulm.

La brillante accion del dia 30 en que los guardias Prusianos se cubrieron de gloria fue seguida de una victoria muy general y decisiva contra la parte del ejército enemigo que habia avanzado desde Königstein y Pirna por la gran calzada que va desde Peterswalde a Toplitz. El enemigo tenia la ventaja de que podia adelantarse rápidamente sobre el flanco derecho de los aliados, por un camino excelente; entanto que las columnas de estos, aunque se retiraban por líneas mas cortas, eran detenidas por el mal tiempo y los caminos que estaban casi intransitables. Gran parte de la artilleria, trenes y bagages del ejército aliado no habian salido todavia de las montañas, y ya el enemigo estaba en Hollendorf y Kulm, como á tres millas Alemanas de Toplitz. Determinose el ataque. Seis mil granaderos Rusos, dos mil hombres de infanteria y quatro mil de caballeria, al mando inmediato del general Miloradovitch, con doce mil Austriacos al mando del conde Coloredo y el general Bianchi empezaron la accion: las demas tropas quedaron en columnas de reserva en el llano inmediato. El pueblo de Kulm está situado al pie de una sierra que forma una barrera casi impenetrable entre Saxonia y Bohemia. Desde este punto arrancan dos brazos de la montaña al oriente y poniente: el terreno intermedio es llano, en general, aunque en algunos puntos presenta posiciones defendibles. En este terreno, y al frente del pueblo de Kulm, reunio el enemigo una gran fuerza de infanteria, con mucha artilleria; y desde alli hacia un fuego terrible contra los Rusos del general Miloradovitch. Los altos que rodean a Kulm son tan fuertes, y el enemigo los habia aprovechado tan diestramente, que se creyo mejor atacar por la derecha, y para esto se mandó á los Austriacos que avanzasen por aquel lado sobre el terreno montuoso, debiendo los Rusos atacar por la izquierda quanto los Austriacos estuviesen adelantados suficientemente. Mientras se executaban estos movimientos, el cuerpo del general Kleist, que aun no habia salido de las montañas, aparecio á retaguardia del enemigo, baxando por el camino que este habia de tomar en caso de retirada. Empezose el ataque por todos lados, con el mayor vigor. La izquierda del enemigo fue rodeada por los Austriacos al mando del conde Coloredo, cargando la caballeria repetidas veces; entretanto que el general Miloradovitch con los Guardias y Granaderos forzaba el otro flanco por todos puntos. Aqui tomaron los Rusos mas de quarenta piezas de artilleria, sesenta carros, mucho bagage y todo el equipage del general Vandamme. Batido por el frente, y cortado á retaguardia por el general Kleist nada le quedaba al enemigo sino una fuga precipitada. Huian por todas partes á los montes, y el suelo se cubria de armas y banderas. La derrota fue general. En general Vandamme y otros seis generales, y como diez mil hombres quedaron prisioneros: y

con ellos han tomado los aliados sesenta piezas de artillería, y seis estandartes. El enemigo continuaba huyendo, seguido por los Cosacos.

Accion de Janer en Silesia.

El mariscal Macdonald habia ocupado una posicion muy fuerte en las cercanias de Janer en Silesia, fortificandola tremendamente con artillería. El general Blucher lo atacó el día 26 por la mañana, lo arrojó de su posicion, y le quitó cincuenta piezas de artillería, treinta y nueve carros de municiones, y mas de 10,000 prisioneros. Volvió el general Blucher á la carga los días 27 y 28, y tomó otros treinta cañones y cinco mil prisioneros. El general Blucher continuaba persiguiendo á los restos de aquel ejército.

Foreign Office, Septiembre 22, 1813.

Una mala de Gottenburgo llegó anoche, con despachos de Mr. Thornton hasta el 7 de Septiembre á cuyo tiempo el cuartel general Suco estaba en Rabenstein. Esto se habia mudado sucesivamente de Belitz á Bucholtz, Treuenbrizen y Rödyke, en Saxonia. Viene incluso un boletín del 4 del corriente, que da detalles de acciones con el enemigo, en que se han empeñado los generales Borstel, Bulow, y Woronzoff. El enemigo fue arrojado de Coswig y Schmilkendorf por el conde Woronzoff y el coronel Izbachia.

El día 5 en la tarde se creyó que el enemigo desfilaba de Wittenberg sobre Torgau, como para abandonar aquella parte del pays; pero luego se vio que era un movimiento en gran fuerza, (mas de 30,000 hombres) sobre el ala izquierda de los aliados, compuesta de los Prusianos. El general Dobschütz se vio obligado á retocedor de Zahme. El mariscal Ney habia, en este intermedio, tomado el mando del ejército Francés.

Con esta noticia su Alteza Real (Bernadotte) se movió adelante sobre su izquierda. Siguióse una acción á las ocho de la mañana del 6, cerca de Juterboch, que continuó con un violento cañoneo, por doce horas — el resultado fue, una desordenada retirada del enemigo hacia Torgau por el camino que va á Dahme. Tomaronse diez y seis cañones, y se habia hecho prisioneros á dos batallones, al tiempo de dar estas noticias.

Batalla de Dennewitz.

Foreign Office, Septiembre 22.

En tanto que su Alteza Real el príncipe de la Corona se movía el día 4 del corriente con los cuerpos Ruso y Sueco sobre Rosla, para pasar por allí el Elba, y marchar sobre Leipzig, se recibió noticia de que el ejército enemigo que venia de Wittenberg se adelantaba sobre Zahme con intencion, al parecer, de detener las futuras operaciones de S. A. R. por un movimiento contra Bodin.

Como el enemigo habia logrado el día 5 penetrar hasta Juterboch, no obstante la heroica resistencia del ejército

Prusiano apostado entre Zahme y este ultimo pueblo, S. A. R. se dio prisa el 6 por la mañana á adelantarse con 70 batallones de infanteria Sueca y Rusa, 10,000 de caballeria, y 150 piezas de artilleria de campaña, para auxiliar á los Prusianos, que siendo sobre 40,000 hombres, se habian mantenido sin cejar, contra los repetidos ataques del ejército enemigo compuesto de 70,000 hombres al mando del principe de Moskwa.

A la vista de las tropas de refresco el enemigo huyó perseguido por todas partes por la caballeria é infanteria ligera, y se retiro hácia Torgau y Dresden. De 16 a 18,000 prisioneros, mas de 60 piezas de artilleria, y 400 carros de municiones son los frutos de esta victoria y de las acciones subsecuentes.

El ejército se ha cubierto de gloria. El valor del exercito Prusiano quedará eternamente en la memoria de todo guerrero, y brillará como exemplo ilustre ante los ojos de los que pelean por la independencia de Alemania.

El general Adlercreutz se ha adquirido la particular estimacion de S. A. R. los generales Tavast y conde Luwenhielm han recibido los testimonios mas satisfactorios de su complacencia. S. A. R. está bueno.

Berlin, Jueves 9 de Septiembre, 1813, á las 7 de la mañana.

Acabamos de recibir del Bivaque, cerca de Langen Lippsdorff, con fecha de 8 de Septiembre la agradable noticia de que el teniente-general Wobeser, en consecuencia de la batalla ganada, atacó al ejército enemigo en su retirada el día 7 por la mañana cerca de Dahme, tomó el pueblo á la bayoneta, batio al enemigo mandado por los mariscales Ney y Oudinot y el general Pacto, y le tomó un cañon y 3,000 prisioneros. Aun iba siguiendo al enemigo.

Foreign Office, Septiembre 25.

Se han recibido despachos de lord Cathcart fechos en Toplitz á 7 del corriente.

El general Bennisen, con el ejército de reserva de 80,000 hombres habia atravesado el Oder, y su guardia avanzada estaba mas alla de Katzbach.

Los aliados al mando de Wittgenstein y Kleist habian vuelto á entrar en Saxonia por Peterswolde y Marienberg, y su avanzada estaba otra vez á la vista de Dresden.

El general Moreau murio de sus heridas el día 2. Su cadaver se iba á embalsamar y a enviar a Petersburg.

Por despachos de Mr. Thornton, fechos en Juterboch el día 10 se sabe que el general Blucher, que se habia retirado á causa de que Buonaparte avanzó, se adelantaba otra vez acosando al enemigo que se retiraba. Sus puertos avanzados estaban en Reichenbach y Wurtchen.

A fin de defender á Blucher de las operaciones con que Buonaparte le amenazaba, un cuerpo Austriaco de 50,000 hombres se habia movido sobre Zittau, y se esperaba que estaria en comunicacion con el general Blucher el día 13.